

En un nicho amueblado

Jesús Campos García

PERSONAJES

MANUELA	La madre; algo tiquismiquis.
JOSÉ	El padre; circunstancial.
PEPITO	El hijo; corpulento y ajaimitado.
PEDRO	El tío; todo un caballero.
AURELIA	La tía; explosiva aunque ajada.
ABUELITA	Ídem; de armas tomar.
MANOLI	La hija; cálida y perdida.
MARIANITO	El novio; relamido.
DOÑA ENCARNACIÓN	La suegra; señorona de buen ver.

ESPACIO ESCÉNICO

A izquierda y derecha, paredes de ladrillo, algo agrietadas. En el centro, un frontal de caoba con molduras y bronce que enmarcan una puerta. Quedan espacios practicables entre el ladrillo y la madera. El espacio reproduce, a gran escala, un nicho en el que hay alojado un féretro.

La escena se dotará con los muebles necesarios para la acción.

VESTUARIO Y CARACTERIZACIÓN

A excepción de MANOLI y PEPITO, cuyo aspecto es más sonrosado, todos los personajes tienen un aspecto acartonado, algo cadavérico; un aire de estampa antigua que nos retrotrae a los años sesenta/setenta, época en la que se desarrolla la acción.

En cuanto al vestuario, se debe reinventar lo usual en aquellas décadas, teniendo en cuenta ciertas peculiaridades; MANUELA, de diario o de fiesta, es ama de casa; JOSÉ va algo hippioso; PEPITO viste de escolar o de marinero; PEDRO luce un traje de régimen; AURELIA muy ceñida; ABUELITA de hábito morado; MANOLI de princesa rosa; MARIANITO como un petimetre; y DOÑA ENCARNACIÓN se realza con una piel de zorro. Todo un cromo.

MANUELA.- (Entrando.) Venga, vamos rápido. No te entretengas con eso ahora. **(Lleva sobre el hombro un cuerpo envuelto en un mantel.)**

JOSÉ.- (Entrando.) ¿Dónde dejo la pala?

MANUELA.- ¡Uf, qué hombre! Déjala donde sea.

JOSÉ.- Lo digo por no manchar.

MANUELA.- Ya lo limpiaré. Pero sujeta, que se me cae.

JOSÉ.- Espera, ya te echo una mano. **(Tira la pala y coge el cuerpo por las piernas.)**

PEPITO.- (Entrando.) ¿Vamos a comer ya?

MANUELA.- ¡Niño éste! Primero hay que solucionar lo de tu hermana.

PEPITO.- Tengo hambre.

MANUELA.- Mira, no seas impertinente. **(A JOSÉ, viendo que se le escurre el cuerpo hasta el extremo de caérsele al suelo.)** Pero, ¿quieres sujetar con fuerza? ¡Jesús, qué ánimo!

JOSÉ.- Mujer, hago lo que puedo.

MANUELA.- Venga, vamos con ella a la cama de una maldita vez.

JOSÉ.- (Cogiéndose al bulto sin gran convencimiento.) Además, no estoy mentalizado.

MANUELA.- (Dispuesta a fulminarlo.) ¡¿Mentalizado?!

JOSÉ.- Vale, vale, vamos a ello: A la una, a las dos, y a las... tres.

(Con gran esfuerzo levantan el cuerpo entre los dos y lo sacan por la puerta de caoba.)

JOSÉ.- (Según sale.) Qué barbaridad, pesa como un muerto.

MANUELA.- No digas ordinarièces delante del niño, que luego las repite cuando hay visitas.

PEPITO.- (Resabidillo.) Yo lo único que repito es que tengo hambre.

MANUELA.- (Desde dentro.) Mira, niño, no me calientes la cabeza.

PEPITO.- Es que no hemos desayunado.

MANUELA.- (Entra en escena.) Ni cenaremos a este paso. Luego, también Pedro... Ya tendrían que estar aquí.

JOSÉ.- (Entra tras ella.) Mujer, pero si acabamos de llegar.

MANUELA.- Si les hubiéramos esperado en la puerta del supermercado.

JOSÉ.- Qué más dará.

MANUELA.- Habríamos venido juntos.

JOSÉ.- Ya no tiene remedio. Además, estas cosas, así, urgentes, es mejor hacerlas sin llamar la atención. Y Pedro estaba demasiado impaciente.

MANUELA.- Tiene sus convicciones.

JOSÉ.- Claro, como él no tiene que pagar, se puede permitir tener convicciones.

MANUELA.- En cambio tú...

JOSÉ.- (Muy ofendido.) Un momento, ¿eh?, yo también las tengo. Faltaría más. Si no las uso, eso ya es cosa mía; pero tenerlas, vamos que si las tengo. Además mis convicciones consisten, precisamente, en no tener convicciones.

MANUELA.- (Recoge la pala del suelo.) ¿Tú te crees que éste es sitio...?

JOSÉ.- Me dijiste que donde fuera.

MANUELA.- Pero no en la alfombra.

JOSÉ.- Mujer, yo...

MANUELA.- Si tuvieras que limpiarla tú.

JOSÉ.- Por un día que no limpies...

MANUELA.- Sí, pero es que hoy no es un día cualquiera. No quiero estar en boca de nadie. Porque vamos a tener visita. Lo sabes, ¿no?

JOSÉ.- Lo que nos faltaba.

MANUELA.- ¿No te irás a hacer ahora de nuevas? A ver si te lo voy a tener que explicar.

JOSÉ.- A mí no me compliquéis.

MANUELA.- ¡¿Que no te compliquemos?! Las cosas hay que hacerlas como Dios manda.

JOSÉ.- ¿Ah, sí? Y, ¿se puede saber cómo es como lo manda Dios?

MANUELA.- Desde luego no como tú querías: la pala y listo, en medio del campo, sin más ni más.

JOSÉ.- Más limpio, no sé, más natural.

MANUELA.- Ya, como los animales: se hacen la madriguera y ale. Menos mal que Pedro ha sabido imponerse, que lo que es por ti...

PEPITO.- Mamá.

JOSÉ.- En estando ellos conformes. Además, ya todo el mundo lo hace así.

PEPITO.- ¡¡¡Mamá!!!

MANUELA.- ¿Todo el mundo? ¡No me sulfures! Cuatro artistas que salen en la tele.

PEPITO.- ¡¡¡Mamá!!!

MANUELA.- (A PEPITO.) ¡¿Se puede saber qué quieres?!

PEPITO.- Mamá, ¿puedo irme a jugar con Manoli?

MANUELA.- No. A Manoli déjala tranquila que la tenemos que preparar.

PEPITO.- Entonces ¿qué hago?

JOSÉ.- Mira, vete a tu cuarto y te estudias la tabla del cinco.

PEPITO.- ¡Buaf! Ésa ya me la sé.

JOSÉ.- Pues la del siete.

PEPITO.- Pero si eso de multiplicar está chupao.

JOSÉ.- ¿Siete por siete?

PEPITO.- Cuarenta y nueve.

JOSÉ.- Y el teorema de Pitágoras, ¿te lo sabes?

PEPITO.- Eso no viene en mi libro.

JOSÉ.- Mira niño, vete a tu cuarto y te estudias lo que venga en tu libro.

PEPITO.- ¿Los conjuntos?

JOSÉ.- ¿Qué conjuntos?

PEPITO.- (Con soniquete.) Ele, no sabe lo que son los conjuntos.

MANUELA.- José, deja al niño que te lía. Y tú, Pepito, al cuarto ahora mismo.

PEPITO.- Mamá, «porfa».

MANUELA.- Al cuarto y a callar, que estamos de luto.

PEPITO.- ¿Todavía?

MANUELA.- Y lo que te queda.

PEPITO.- Pues llevamos ya dos horas con el mismo rollo.

MANUELA.- ¿Ves la educación que le das a tu hijo?

JOSÉ.- ¿Yo? A ver si voy a tener yo la culpa de todo lo que pase.

MANUELA.- (A PEPITO.) ¿Pero todavía estás ahí?

PEPITO.- Tengo hambre.

MANUELA.- (A JOSÉ.) Mira, ahora cuando vengan le das algo de lo que traigan para el convite.

JOSÉ.- ¿Que le dé...?

PEPITO.- Sí, sí, vale.

JOSÉ.- Para que luego digas que siempre nos quedamos cortos.

PEPITO.- Aunque sólo sea un bollo.

JOSÉ.- Bueno niño, tú a callar. Así que vete al cuarto y ya veremos.

PEPITO.- Veremos, veremos, pero de comer...

(Sale dando patadas a los muebles.)

JOSÉ.- ¿Qué te parece?

MANUELA.- Tiene hambre.

JOSÉ.- ¿Hambre?

MANUELA.- Está creciendo.

JOSÉ.- Ya ha crecido bastante.

MANUELA.- Bueno, y que le gusta fastidiar. Eso es lo que le pasa.

JOSÉ.- Pues conmigo va listo.

MANUELA.- Pero si es un crío.

JOSÉ.- Menudo crío.

MANUELA.- En fin, ya está bien de charla. Vamos a organizarnos. **(Se pone a recoger.)**

JOSÉ.- Sí, será lo mejor. ¿Yo qué hago?

MANUELA.- ¿Tú? Estarte quieto.

JOSÉ.- Ah, estupendo. **(Sentándose.)** ¿Compraste el *Marca*?

MANUELA.- ¿El *Marca*? Un día así, y sólo se te ocurre...

JOSÉ.- Yo pensé...

MANUELA.- Eres... eres... Todos los hombres sois iguales. El día del entierro de tu hija...

JOSÉ.- Si era sólo para mirar la quiniela.

MANUELA.- No me busques, ¿eh?, no me busques. Que por las quinielas estamos como estamos; tanta múltiple y tanta puñeta.

JOSÉ.- (**Intenta escabullirse.**) Bueno, voy a...

MANUELA.- ¿Se puede saber a dónde vas?

JOSÉ.- Al baño.

MANUELA.- ¡Ah, claro, al saloncito! Te pasas la vida en el baño. Ni que fuera el cuarto de estar. Sólo te falta recibir a las visitas sentado en el retrete.

JOSÉ.- ¿Qué tiene de malo?

MANUELA.- Mejor dejarte por imposible.

JOSÉ.- Hay que ver cómo te pones. Total, por nada.

MANUELA.- Y éstos sin venir.

JOSÉ.- Tienen que estar al llegar.

MANUELA.- Toma, guarda la pala.

JOSÉ.- ¿Dónde?

MANUELA.- ¡Ay!, donde sea.

JOSÉ.- No, donde sea no, en un sitio concreto, que luego me la lías.

MANUELA.- Bueno, mira, pues guárdala en un sitio concreto.

JOSÉ.- Sí, ¿pero en cuál?

PEPITO.- (**Asomando la cabeza.**) Papá, guárdatela en el culo.

(**Se mete enseguida.**)

JOSÉ.- ¡Será sinvergüenza!

MANUELA.- ¿Ves?, escuchando detrás de la puerta.

JOSÉ.- ¿Ésa es la educación que te dan en el colegio?

MANUELA.- (A JOSÉ.) Mira, pártete la boca, pártete la boca de un revés. Va a ser lo mejor.

JOSÉ.- Siete mil pesetas de autobús para que vayas a un colegio donde te enseñan a escuchar detrás de la puerta.

MANUELA.- ¿Le vas a partir la boca de una vez o voy a tener que partírsela yo?

JOSÉ.- Se la parto, ya lo creo que se la parto, ahora mismo se la parto. ¡Niño! ¡Ven aquí enseguida que te voy a partir la boca! (Espera un rato.)

MANUELA.- Como no vayas tú...

JOSÉ.- (Conciliador.) Va a ser mejor que vengas por las buenas.

MANUELA.- Críe usted hijos para esto.

JOSÉ.- ¿Es que me tienes miedo? (A MANUELA.) Se ve que me tiene miedo.

MANUELA.- Mira, ve tú, y déjate de contemplaciones.

JOSÉ.- ¿Solo?

MANUELA.- Claro, no necesitarás refuerzos.

JOSÉ.- (Se arma de valor.) Ahora va a ver éste lo que es bueno.

(Entra en el cuarto contigo a los acordes de una marcha.
Ruidos de lucha.)

JOSÉ.- (Vuelve cojeando.) ¡Ay! ¡Ay!

MANUELA.- No me digas que...

JOSÉ.- Ha sido un níquel.

MANUELA.- ¿Un níquel?

JOSÉ.- Sí, una bola, un níquel que había en el suelo.

MANUELA.- Podrías mirar dónde pones los pies.

JOSÉ.- Como iba mirando al niño...

MANUELA.- A ver, intenta apoyarlo.

JOSÉ.- No puedo.

MANUELA.- Pues haz por poder.

JOSÉ.- ¡Leche! Que te digo que no puedo.

MANUELA.- Repórtate, que le das mal ejemplo.

JOSÉ.- ¿Mal ejemplo?

MANUELA.- Intenta, inténtalo.

JOSÉ.- (Poniendo el pie en el suelo.) ¡¡¡Ay!!!

MANUELA.- ¿Tanto te duele?

JOSÉ.- Me duele. ¿Qué quieres? Me duele.

PEPITO.- (Entra de sopetón.) Si no te metieras con los niños...

(Sale igualmente.)

JOSÉ.- ¡Habrase visto!

MANUELA.- Deberíamos hacer algo.

JOSÉ.- Algo, sí, pero ¿qué?

MANUELA.- Interno. Llevarlo interno.

JOSÉ.- Éste lo que necesita es que lo encierren en un penal.

PEPITO.- (Desde dentro.) ¡Necesito un bocadillo!

MANUELA.- No le hagas caso. Como si no existiera. Le haces caso y es peor.

JOSÉ.- (Yendo hacia el sillón.) Ven. Deja que me apoye.

MANUELA.- (Ayudándole.) Ahora, eso sí, tiene a quién salir.

JOSÉ.- ¿Lo dices por mí?

MANUELA. - Mira tú por donde, te has apuntado a sentarte, como si no hubiera nada que hacer.

JOSÉ. - Antes dijiste que me quedara quieto. ¿O no?

MANUELA. - Sí, pero un rato. No que ahora, con el dichoso pie, te apoltronas para los restos.

JOSÉ. - No es por mi gusto.

MANUELA. - Total, por una torcedura de nada.

JOSÉ. - ¿Torcedura? ¿Torcedura? Quisiera verte en mi lugar. Lo que pasa es que yo aguanto el dolor.

MANUELA. - ¿Que aguantas el dolor? Tuvieron que atarte para sacarte una muela.

JOSÉ. - ¡Sin anestesia! Además me pillaba la lengua con las tenacillas.

MANUELA. - ¿La lengua? Dónde se ha oído que un odontólogo doctorado en...

JOSÉ. - **(Interrumpiendo.)** Un barbero, aquel animal era un barbero. Y se reía. No me digas que no se reía cuando tiraba.

MANUELA. - ¿Cómo no se iba a reír con la cara que ponías?

JOSÉ. - **(Llegando al sillón.)** ¡Ay...! ¡Ay! ¡¡¡Ay!!! Sí, tú dirás que me quejo, pero quisiera que vieras... **(No encuentra el modo de sentarse.)**

MANUELA. - No tenemos toda la tarde.

JOSÉ. - Es que no me puedo doblar. Seguro que me he roto también la cadera.

MANUELA. - La cabeza, te rompía yo.

JOSÉ. - **(Lo intenta de nuevo.)** A ver, sujétame.

MANUELA. - Mira, ya está bien de pamplinas.

(Lo deja caer.)

JOSÉ. - ¡¡¡Ay!!! **(Cae en el sillón.)** ¡Asesina!

MANUELA.- (Continúa como si tal cosa.) Las tantas, y éstos sin venir.

JOSÉ.- Dichosa excursión, ¿a quién se le ocurriría?

PEPITO.- (Asomando la cabeza.) A mamá.

(Se mete.)

MANUELA.- Niño, que te doy un sopapo... Se me ocurrió a mí. Sí. Una excursión. ¿Qué pasa?

(Ruidos de llaves y de puerta.)

JOSÉ.- Parece que son ellos. ¿Pedro?

PEDRO.- (Desde fuera.) Sí, ya estamos aquí.

JOSÉ.- (Por la pierna.) Se me está hinchando.

MANUELA.- También se me están hinchando a mí las narices y me agunto.

(Entran AURELIA y PEDRO. Él lleva paraguas.)

AURELIA.- ¿Todavía estáis así?

MANUELA.- (Señalándolo.) Se le ocurrió partirse no sé qué.

AURELIA.- Vaya, hombre, qué oportunidad.

JOSÉ.- Resbalé con...

AURELIA.- (Mostrando el vestido.) ¿Me queda bien?

MANUELA.- Estás preciosa.

ABUELITA.- (Entrando.) Ave María Purísima.

TODOS.- Sin pecado concebida.

PEDRO.- ¿Huele?

MANUELA.- ¿A qué?

PEDRO.- No, la niña, que si huele la niña.

MANUELA.- Ah, no. En eso estamos teniendo suerte.

PEDRO.- Es igual, olerá de un momento a otro.

MANUELA.- No seas cenizo. ¿Por qué va a oler? Ella siempre fue muy aseada.

PEDRO.- Para no oler, más que aseada tendría que ser incorrupta.

ABUELITA.- ¿Y la Manoli?

MANUELA.- Muerta, mamá, muerta.

ABUELITA.- No, digo que dónde la habéis puesto.

MANUELA.- En la cama.

ABUELITA.- Ah, muy bien, en la cama, como Dios manda.

JOSÉ.- (Sin hacerse oír.) Yo me he...

ABUELITA.- ¿Le habéis quitado ya los pantalones?

MANUELA.- Todavía no la hemos desliado.

JOSÉ.- (Tirándole a PEDRO de una manga.) Yo me he roto una pierna.

PEDRO.- (Sin escucharlo ni enterarse.) No esperaba menos de ti.

AURELIA.- Lo que tenemos que hacer es organizarnos.

MANUELA.- Lo primero es prepararla, que no se quede tiesa en mala postura.

AURELIA.- Venga, pues vamos dentro.

ABUELITA.- (Carraspea.) Ejem. Veréis, yo quisiera que se cumpliera mi última voluntad.

JOSÉ.- Querrá usted decir, su última voluntad. (Señala hacia donde se encuentra MANOLI.) La costumbre...

ABUELITA.- No, sí, ya; pero la última voluntad que yo quiero que se cumpla es la mía.

MANUELA.- Sí mamá, lo que tú quieras.

ABUELITA.- Me gustaría que la enterráramos vestida de rosa.

JOSÉ.- (A PEDRO.) Pues sí que es un capricho.

ABUELITA.- (Que lo ha oído.) Es que si no va una a poder tener un capricho...

AURELIA.- Tampoco pasa nada por ponerle algún detalle: un ramillete o algo así.

ABUELITA.- No, no, un vestido entero. Y nada de moderneces. Largo y con vuelo. Quiero que vaya vestida igual que una princesa.

PEDRO.- Vestís a Manoli igual que a una princesa, y es muy capaz de venir por las noches a tiraros de los pies.

AURELIA.- (Muy por encima.) ¿No me irás a decir que crees en esas patrañas?

PEDRO.- Pienso que, a estas alturas, mis ideas sobre la tradición y el protocolo están fuera de toda duda. Ahora, tampoco hay que pasarse. Es una putada que, abusando de que está muerta, queráis ponerla un vestido rosa.

JOSÉ.- Abusando de que ella está muerta y de que yo estoy cojo; que si no... ¡me cago en lo que haya que cagarse!, que a mi hija no le hacen una cosa así.

PEPITO.- (Asomando.) Papá, que te oigo y aprendo a decir ordinarieces. (Mutis.)

JOSÉ.- Mira niño, no me cabrees, que voy con el pie sano y... (Pausa.) He consentido que la niña muera en la cama ¿no? Morir en una excursión, al parecer, no es elegante. Admito que yo de elegancias... Pero amortajarla con un vestido rosa, eso... eso es una cursilada.

ABUELITA.- Lo siento, es un capricho. Siempre me hizo ilusión verla vestida de ese color; pero claro, como era tan levantisca, con tal de llevarme la contraria, hay que ver cómo se vestía.

AURELIA.- Dios la tenga en su Santa Gloria, pero la niña era un pendón.

JOSÉ.- Le saldría a la tía.

AURELIA.- Al cabrón de su padre.

PEDRO.- Aurelia, no empecéis.

(Toses generales.)

ABUELITA.- ¿Y sabéis lo que tampoco estaría mal? El hábito del Carmelo.

JOSÉ.- No, por Dios. El vestido rosa, el vestido rosa y no se hable más.

ABUELITA.- Yo lo decía por dar una alternativa.

MANUELA.- El vestido, sí. Parece lo más indicado. Además, ¿qué diría el novio?

ABUELITA.- No, claro.

AURELIA.- Parecería un desaire.

ABUELITA.- Tenéis toda la razón; mejor el vestidito. Me habéis convencido.

AURELIA.- Bueno, lo que sea; pero rápido que estamos perdiendo un tiempo precioso.

MANUELA.- Sí, venga, vamos..

(Salen.)

PEDRO.- Y tú ¿qué?, ¿te has puesto fuera de juego?

JOSÉ.- Tengo la pierna rota.

PEDRO.- No está mal la coartada.

JOSÉ.- Oye, palabra, ¡palabra de honor!

PEDRO.- ¡Ah!, si es palabra de honor...

JOSÉ.- Hombre, claro.

ABUELITA.- Y el chico ése, ¿qué hace?

PEDRO.- ¿Quién?

ABUELITA.- El novio... el novio de la Manoli.

JOSÉ.- Es ejecutivo.

ABUELITA.- Eso es bueno ¿no?

PEDRO.- No está mal, no está mal. Debe tener un buen sueldo.

JOSÉ.- (**Quitándole importancia.**) Tampoco hay que exagerar, el chico es un ejecutivo, digamos, mediano.

ABUELITA.- O sea, que es bajito.

JOSÉ.- No, no. Quiero decir que está empezando.

PEDRO.- Bueno, pero con el tiempo... ya crecerá.

AURELIA.- (**Cruzando.**) Voy a acercarme un momento a la tienda.

ABUELITA.- ¿A por el vestido?

AURELIA.- Sí, vuelvo enseguida.

ABUELITA.- (**Señalándose la cintura.**) Mira a ver si hay alguno, así, con dos moñitas.

AURELIA.- ¡Ah! Dice Manuela que me des treinta mil pesetas.

JOSÉ.- ¿Treinta mil?

AURELIA.- Qué menos.

JOSÉ.- ¿Para un vestido que se ha de comer la tierra?

PEDRO.- Una hija es una hija.

JOSÉ.- Y treinta mil pesetas son treinta mil pesetas. (**Entre dientes.**) ¡Nos ha jodío!

AURELIA.- Claro, hombre, pero a una hija sólo se la entierra una vez en la vida.

ABUELITA.- Venga, venga, no te hagas de rogar.

AURELIA.- Además, ¿para qué sirve un padre, si no es para retratarse?

PEDRO.- No le des más vueltas y afloja el puño. (**Golpeándose el codo.**)

JOSÉ.- Es que es mucha pasta. Además, no puede costar tanto, están de rebajas.

AURELIA.- ¿No querrás comprarle la mortaja en un saldo?

PEPITO.- (Entra.) Venga papi, afloja la tela y no seas rasca.

(Sale.)

JOSÉ.- (Mira al niño con odio contenido.) Toma veinticinco mil, y ni un duro más. (Cuenta los billetes.)

AURELIA.- (Escéptica.) Veré de encontrar algo, aunque no sé...

JOSÉ.- (Haciendo constar su autoridad.) Y por supuesto que es la última mortaja que le compro.

AURELIA.- (Arrancándole el dinero de la mano.) Voy corriendo, no sea que nos cojan a medias.

(Sale hacia la calle.)

PEDRO.- ¿Y tú, no te vas a vestir?

JOSÉ.- ¿Yo?

PEDRO.- Sí, claro. Supongo que te pondrás el traje negro.

JOSÉ.- Estoy cojo.

PEDRO.- ¿Y eso qué importa? Yo he visto cojos vestidos de negro.

JOSÉ.- Ya, pero es que yo soy un cojo reciente. Me duele ¿sabes?, me duele todavía.

PEDRO.- Bueno, pues aunque sea el gris.

JOSÉ.- ¿Es que no lo entiendes? No es cuestión de colores; es que no me lo puedo poner.

ABUELITA.- Ponte al menos un brazalete. Lo suyo es el traje pero, mira, sería un detalle.

JOSÉ.- Eso ya no se lo pone nadie.

PEDRO.- No sé, no me parece bien que los recibas así, sin ninguna señal de duelo.

ABUELITA.- Como que van a creer que es que estamos locos por soltarla. Contentos, sí, pero con moderación.

PEDRO.- O si no una corbata negra.

JOSÉ.- Pero si yo quiero colaborar, lo que pasa es que me duele. Me duele mucho, de verdad.

PEDRO.- Porque tendrás una corbata negra.

JOSÉ.- Sí, creo que sí. Anda, ve y mira en el armario.

(PEDRO sale.)

ABUELITA.- Si el día de mi velatorio, mi padre me hace una cosa así, no sé cómo me lo habría tomado.

JOSÉ.- No, si yo comprendo que las mujeres son ustedes más sensibles para estas cosas.

ABUELITA.- Claro, hombre, y total, a ti ¿qué trabajo te cuesta? Un detallito de nada. Mejor hubiera sido el traje, pero... qué se le va a hacer.

MANOLI.- (Desde dentro.) Papá. (Tono neutro y sin ningún patetismo.)

JOSÉ.- (Pausa.) ¿Es la niña?

ABUELITA.- No sé. Eso me ha parecido.

MANOLI.- ¡Papá!

JOSÉ.- Sí, es ella.

MANOLI.- Papá, estoy viva.

JOSÉ.- ¿Qué dice?

ABUELITA.- No sé.

MANOLI.- Papá, estoy viva. (Pausa.) ¡Estoy viva!

MANUELA.- (Cruzando con ropas y cosas.) Ya está otra vez.

JOSÉ.- ¿Qué dice?

MANUELA.- La niña, que dice que está viva. Qué sabrá ella.

(Sale por la puerta central.)

JOSÉ.- Pobrecilla.

ABUELITA.- Al principio, y hasta que se acostumbre...

JOSÉ.- Lástima de hija.

MANOLI.- (La voz más lejana, con menos convicción.)
Estoy viva. Papá, estoy viva.

PEDRO.- (Llega con la corbata.) No es que sea ninguna maravilla, pero puede valer.

JOSÉ.- Te parte el alma.

PEDRO.- ¿Qué?

JOSÉ.- La niña. **(Se anuda la corbata.)**

PEDRO.- ¡Ah! Ya, claro.

MANUELA.- (Llega.) ¿No ha vuelto Aurelia todavía?

ABUELITA.- Si acaba de bajar.

MANUELA.- Sólo me queda vestirla y peinarla. Y arreglarme yo, claro.

ABUELITA.- Ay, ya no está una para nada, si no te echaría una mano. Pero ya lo único que hace una es estorbar.

MANUELA.- No hace falta, mamá, no te preocupes. Ahora, cuando venga Aurelia, entre las dos la arreglamos en un momento.

ABUELITA.- ¡Ah! Ya sé lo que voy a hacer. ¿Tienes tela negra para que le haga un brazalete?

MANUELA.- ¿Es que no te vas a poner el traje negro?

JOSÉ.- ¡Estoy cojo, leche!

MANUELA.- Desde luego este hombre... es que no se puede contar con él para nada.

JOSÉ.- Demasiado que estoy aquí aguantando, con un dolor de todos los diablos.

MANUELA.- Pero si no te pasa nada. A ver, ¿qué es lo que te pasa?

(Le coge la pierna.)

JOSÉ.- ¡¡¡Ay!!!

MANUELA.- Vale, vale. Daremos la nota.

JOSÉ.- Pero ¿qué nota?

MANUELA.- Mira, allá tú. Si es tu gusto, recíbelos de medio luto.

PEPITO.- **(Asomándose por una grieta del paño de ladrillo.)** Mamá, yo no me quiero vestir de marinero.

MANUELA.- Tú te pones lo que yo te diga o no sales del cuarto cuando se sirva la merienda.

PEPITO.- Pues si me pongo el traje de marinero, cuando venga la visita me tiro un pedo.

(Sale corriendo.)

MANUELA.- ¡Niño!

ABUELITA.- ¡Habrased visto!

PEDRO.- Pero, ¿a qué colegio lo lleváis?

JOSÉ.- Ya ves, a uno de curas.

PEDRO.- Pues serán curas modernos.

ABUELITA.- Yo, la verdad, le estoy tomando miedo. Es más, cuando se acerca, temo que me muerda.

PEDRO.- Deberíais ponerle un bozal.

MANUELA.- Bueno, eso no se puede resolver ahora, así que mejor dejarlo; como si no existiera. **(Va a salir.)** ¿Qué iba a hacer yo? **(Cayendo en la cuenta.)** ¡Ah!

(Y sale entre los ladrillos y la madera de caoba.)

PEDRO.- Yo siempre he sido partidario de disecarlos desde pequeños, pero hoy día, con estas moderneces...

JOSÉ.- Sí, ya; ahora dicen que es mejor dejarlos en estado salvaje. Personalmente no sé qué opinar. Eso sí, encuentro absurdo gastarse un dineral en colegios para que luego, de mayores, puedan ser ordinarios en el momento oportuno.

ABUELITA.- A mí, con tal de que no muerdan...

JOSÉ.- Éste no ha mordido a nadie todavía.

ABUELITA.- Que sepamos.

PEDRO.- Aunque te advierto que eso se les pasa. El nuestro mordía mucho de pequeño. A punto estuvimos de sacarle los dientes. Y ahora, ya ves, de locutor en televisión, tan propio.

JOSÉ.- Pues menos mal, hubiera sido un punto: todo el día con la sonrisa en los labios, enseñando la dentadura postiza.

PEDRO.- Sí, fue una suerte.

JOSÉ.- **(Mientras se hace el lazo de la corbata.)** Claro que, bien visto, para una sonrisa postiza, nada mejor que una dentadura postiza.

MANUELA.- **(Vuelve a entrar y cruza hacia la puerta central.)** ¿La pinto?

ABUELITA.- No, la cara lavada. Es más natural.

MANUELA.- Yo decía por la palidez.

ABUELITA.- Como mucho un toque de ojos. Nunca me gustaron los muertos que parece que están durmiendo, resultan insolentes, da la impresión de que van a levantarse y estropearlo todo. Sí, mejor, sólo los ojos; vamos, las ojeras.

MANUELA.- **(Va a salir, recuerda algo y se dirige a PEDRO.)** Deberías bajar a por unos refrescos.

PEDRO.- Vale, voy.

JOSÉ.- Sube también un poco de tinto.

MANUELA.- (A PEDRO.) Ni se te ocurra. (A JOSÉ.) ¿Qué quieres, dar la nota? Sólo nos faltaba eso, que pillaras una borrachera.

JOSÉ.- Es con Casera.

PEPITO.- (Asoma por debajo de la mesa camilla.) Papá, no tienes remedio; lo tuyo es de delírium trémens.

(Vuelve a esconderse.)

JOSÉ.- Está patoso, ¿eh? Está patoso el niño.

PEDRO.- Vuelvo enseguida.

MANUELA.- Sí, no tardes.

(Salen MANUELA hacia el interior y PEDRO hacia la calle.)

JOSÉ.- Hay que ver qué manía con que bebo.

ABUELITA.- Compréndelo; bien está que estés cojo, si ése es tu gusto; ahora, un cojo borracho ya es demasiado.

JOSÉ.- Pero es que el vino hace olvidar.

ABUELITA.- Las penas de amor.

JOSÉ.- (Canturrea.) Y el vino hace olvidar.

ABUELITA.- (Remata.) Las penas de amor.

JOSÉ.- (Pausa.) Qué pena ¿verdad? Ayer tan feliz, tan libre, y hoy ya ve usted: comprándole la mortaja. Verdaderamente, no somos nadie.

ABUELITA.- Verdaderamente.

MANUELA.- (Vuelve a entrar. Acusa cierto nerviosismo.) Ya tenía que estar aquí.

ABUELITA.- Pero si acaba de bajar.

MANUELA.- Digo Aurelia. No quiero peinarla mientras no la metamos el vestido.

JOSÉ.- Lo mismo no lo encuentra. **(Con ironía.)** El rosa, precisamente, no es el color de moda.

ABUELITA.- Lo que pasa es que como sólo le diste veinticinco mil...

MANUELA.- ¡¿Veinticinco mil?!

JOSÉ.- Es más que suficiente.

MANUELA.- ¿Suficiente?

JOSÉ.- Además, no podemos tirar el dinero.

MANUELA.- Para ti, por lo visto, todo lo que no sea jugar a las quinielas es tirar el dinero.

JOSÉ.- Una quiniela, si aciertas... Mientras que una mortaja...

MANUELA.- **(Despectiva.)** ¡Materialista! Desde luego cuando nos casamos no eras así.

ABUELITA.- Eso les pasa a todos.

JOSÉ.- Y, ¿cómo soy?, si puede saberse. ¿Cómo soy, eh?

MANUELA.- Un tacaño, eso es lo que eres.

JOSÉ.- De alguien se me habrá pegado.

MANUELA.- ¿De mí?

JOSÉ.- Prefiero no señalar.

MANUELA.- No me busques. No me busques que me encuentras.

PEPITO.- **(Asoma en calzón de deporte y con guantes de boxeo.)** Venga mamá, a por él, que ya es tuyo. Vamos, dale fuerte.

LOS DOS.- ¡Al cuarto!

PEPITO.- Vale. Vale.

MANUELA.- Lo que nos faltaba, que encima...

ABUELITA.- Claro, dais estos espectáculos. Los niños se dan cuenta de todo. (**Recalcando.**) Pero que de todo.

JOSÉ.- Pues cuando lo coja, lo voy a poner que no se va a dar cuenta de nada.

JOSÉ.- Y, ¿sabes qué te digo?

ABUELITA.- Venga, dejadlo ya. (A MANUELA.) Y tú lo que tienes que hacer, mientras viene Aurelia, es irte arreglando, que luego son las prisas.

JOSÉ.- (**Casi para sus adentros.**) Ganas me dan de poner todo patas arriba y suspender el entierro.

MANUELA.- ¡Amenazas, no!

ABUELITA.- Dejaos de tonterías.

MANUELA.- Si te pones así, ahora mismo la metemos en el frigorífico y asunto concluido.

JOSÉ.- Pues por mí, cuando quieras.

ABUELITA.- ¿Será posible?, ¿pero es que estáis hablando en serio? ¡¿Suspender?! En la familia, que yo recuerde, jamás se ha suspendido un entierro. Y no es que no haya habido motivos, motivos serios, pero siempre que se ha dicho que se iba a enterrar a alguien, se le enterró con todas las consecuencias.

MANUELA.- Pero, ¿no ves cómo se pone?

JOSÉ.- ¿Que me pongo? ¡Tú, te pones!

ABUELITA.- (A MANUELA. **Autoritaria.**) Venga para adentro. Ya está bien de tonterías. Pues vamos...

(MANUELA sale bruscamente.)

ABUELITA.- Yo, desde luego, es que no comprendo cómo podéis decirlo ni en broma. O sea, que viene esa señora con su hijo y, ¿qué le decís? Mire usted, lo siento, pero hemos suspendido el entierro. Aquí, su padre, no se quería gastar más de veinticinco mil pesetas en la mortaja. Porque ése es el motivo. ¿O no? Hay que ser serios.

JOSÉ.- No digo yo que lo vayamos a suspender, y menos a estas alturas; pero es que tampoco se puede consentir que lo agobien a uno: que si mira tú la ocurrencia de quedarte cojo, que si ponte un traje negro, que si veinticinco mil pesetas es una miseria...

ABUELITA.- Son los nervios.

JOSÉ.- Qué nervios, ni qué...

ABUELITA.- Y hasta cierto punto es lógico, tienes que hacerte cargo, es su primer entierro.

JOSÉ.- Sí, pero no. También es mi primer entierro, y vamos, creo que conservo la calma.

ABUELITA.- Demasiado, diría yo.

JOSÉ.- Como que hay que saber controlarse.

ABUELITA.- Lo que pasa es que a los hombres os importan menos estas cosas. Tenéis vuestros negocios, vuestro mundo, pero para una mujer estas fiestas íntimas tienen mayor trascendencia. Son tan pocas las oportunidades que tiene la pobre de demostrar su valía -de realizarse, como decís ahora los jóvenes- que deberías ser más comprensivo.

JOSÉ.- No, si no digo que no, pero vamos...

ABUELITA.- En fin, tengamos la fiesta en paz.

MANUELA.- Yo, por mí...

ABUELITA.- Hay que ver lo que han cambiado las cosas. Me acuerdo de que en mi entierro...

JOSÉ.- En lo fundamental no habrán cambiado tanto.

ABUELITA.- No, en lo fundamental no, hasta ahí podíamos llegar. Un muerto siempre ha sido un muerto. Lo ha sido, lo es y lo seguirá siendo por más que el mundo se modernice.

JOSÉ.- Por eso.

ABUELITA.- Pero los detalles... Había otro estilo, se preparaba todo con más tiempo, sin estas precipitaciones.

JOSÉ.- Ya, es el ritmo del progreso.

ABUELITA.- ¿Y gente? ¡Qué bullicio! En mi entierro hubo más de dos mil comensales.

JOSÉ.- Eran otros tiempos. Ahora se hace todo... más íntimo.

ABUELITA.- Y más barato.

JOSÉ.- También contabais con otros preparativos: teníais más servicio, las casas eran más grandes...

ABUELITA.- No, ya.

JOSÉ.- Figúrese si tuviéramos que meter aquí a dos mil personas.

ABUELITA.- Hoy, en cambio, parece como si hubiera que morirse de tapadillo.

JOSÉ.- También tiene su encanto.

ABUELITA.- Los que hemos muerto en otros tiempos nunca podremos hacernos a esto.

JOSÉ.- Estoy pensando si no debería escayolarme la pierna.

ABUELITA.- ¿Qué necesidad tienes?, si no te has roto nada.

JOSÉ.- Es por no tener que estar dando explicaciones. Además quedaría más convincente.

ABUELITA.- No creo que te dé tiempo.

JOSÉ.- Lo perfecto sería una muleta.

ABUELITA.- Eso va en gustos.

JOSÉ.- Daría la sensación de cojo antiguo.

ABUELITA.- Pero, ¿tenéis muleta en casa?

JOSÉ.- No, no creo. ¿Quién se iba a figurar una cosa así?

ABUELITA.- Entonces no le des más vueltas, y asume que eres un cojo de circunstancias.

AURELIA.- (Entrando con una bolsa.) A ver qué os parece.

ABUELITA.- Vaya, por fin.

AURELIA.- ¿Es que he tardado?

MANUELA.- (Desde dentro.) ¿Eres tú, Aurelia?

JOSÉ.- ¿Ha sobrado algo?

AURELIA.- Tuve que poner de mi bolsillo.

JOSÉ.- Vaya por Dios.

MANUELA.- (**Entrando.**) ¿Lo encontraste?.

AURELIA.- Sí, espera y verás. (**Mientras lo extiende.**)

ABUELITA.- El color es precioso.

JOSÉ.- ¿No es un poco pavo?

ABUELITA.- Qué sabrás tú de colores.

JOSÉ.- Ya veréis cuando lo vea la niña.

AURELIA.- Teóricamente no debería verlo, que para eso está muerta. (**Ríe su gracia sin apoyo general.**)

MANUELA.- Ella se pondrá lo que diga su madre.

AURELIA.- ¿¡Eh!?! ¿Qué os parece?

MANUELA.- Precioso.

ABUELITA.- Y con las moñas.

AURELIA.- Ha habido suerte, tal como usted quería.

ABUELITA.- Sí, sólo que el escote, parece un poquito...

JOSÉ.- ¿Generoso?

AURELIA.- Bueno, según se mire.

ABUELITA.- Lo que ocurre es que, según se mire, se le pueden ver...

MANUELA.- ¿Los pechitos? Va, es igual, si apenas tiene; es muy joven todavía.

PEPITO.- (**Asomando por una grieta, en la parte alta del muro de ladrillo.**) Sí que tiene, que se los he visto yo.

JOSÉ.- ¡Niño del diablo!

PEPITO.- Un par de melones así.

(**JOSÉ le tira un zapato que se estrella junto a su cabeza.**)

¡Joder! Están tirando a dar.

(Se esconde.)

JOSÉ.- Vaya con el niño, ni los pechos de su hermana puede dejar en paz. Eso es incesto, ¿no?

MANUELA.- Pues sólo nos faltaba que nos saliera el niño incestuoso.

AURELIA.- Mujer, no sé. Si ha sido una miradita rápida, y sólo por curiosidad, no creo que la cosa tenga mayor importancia.

ABUELITA.- Bueno, lo que podemos hacer es ponerle un pañuelito, así, de respeto.

AURELIA.- (Llevando la atención hacia el vestido.) Pero ¿os gusta o no?

MANUELA.- Sí, sí, precioso, de verdad.

AURELIA.- Anda, ve a ponérselo que puede coger frío.

MANUELA.- (A AURELIA.) ¿Por qué no se lo vas poniendo tú, mientras yo termino de arreglarme?

AURELIA.- Vale.

MANUELA.- (Mientras salen.) Está sin peinar, luego si quieres la retocas un poco.

(Sale AURELIA.)

MANUELA.- Mamá, ¿por qué no echas un vistazo en la cocina?, a ver si falta algo.

ABUELITA.- Sí, ahora voy. (Se pone en pie, trabajosamente.)

(Sale MANUELA.)

JOSÉ.- (Abstraído en algo que le da vueltas en la cabeza.)
¿Qué cree usted que hubiera hecho Cristóbal Colón si se hubiese roto una pierna el día del descubrimiento?

ABUELITA.- (Extrañada.) ¿Y yo qué sé? Hubiera descubierto con la pierna rota.

JOSÉ.- No crea. La tripulación, harta de tanto mar tenebroso, al ver mermada su autoridad, se habría amotinado y... adiós continente.

ABUELITA.- (Situándose a la espalda de JOSÉ.) ¿Tú crees?

JOSÉ.- Seguro, y fue una suerte, porque Colón no estaba libre de un traspíe.

ABUELITA.- (Algo mosca.) No, claro, eso le puede ocurrir a cualquiera.

JOSÉ.- Pero verá, hay más. ¿Qué hubiese hecho?, me pregunto, ¿qué hubiese hecho Cleopatra si la víspera de su encuentro con Julio César se hubiera partido una pierna?

(La ABUELITA se toca la sien, indicando que le falta un tornillo y sale sin que él lo advierta.)

JOSÉ.- Y lo que es más importante: ¿Qué hubiera hecho Julio César? ¿Le habría interesado a Julio César ligar con una coja? Nunca lo sabremos. **(Transición.)** Y el Caballo de Troya. ¿Se imagina al Caballo de Troya con una pata quebrada? ¿Qué habría sido de Helena si se hubiera descubierto la argucia? Lo de Cervantes es más previsible, porque si en vez de romperse el brazo se rompe una pierna, no le llamaríamos el Manco de Lepanto, sino el Cojo de Lepanto. **(Pausa.)** Con Tarzán, la cosa tampoco admite duda. Si de pequeño, al caer del avión, le hubiera ocurrido una desgracia así, no digo que no hubiera conseguido sobrevivir, pero nunca habría llegado a ser Tarzán en todo la extensión de la palabra. El hecho se habría aireado mucho, sobre todo por la Asociación de Minusválidos, pero ya no hubiera sido lo mismo. ¿No cree? **(Espera contestación sin volverse.)** Como verá, un traspíe puede hacer estragos, alterar lo acontecimientos, cambiar el rumbo de la Historia. Así que, aquí, desde la modestia de mi infortunio, no puedo por menos que preguntarme: ¿qué repercusión tendrá esta cojera en el futuro de la Humanidad?

(Vuelve la cabeza y, al ver que la ABUELITA ha salido, hace un gesto ambiguo, recorre la habitación con la vista y escucha. Tras asegurarse de que no corre peligro de ser descubierto, se levanta y anda normalmente hasta la puerta donde visten a su hija. La observa un momento y vuelve despacio.) Pobre hija mía, cómo la están poniendo. **(Se sienta.)** De no ser por este desgraciado... percance, nunca lo hubiera consentido. **(Finge dolor sin mucha convicción.)**

PEPITO.- (Asoma por encima de la caja.) Papá, que te he visto.

(Vuelve a esconderse.)

JOSÉ.- (Sin reaccionar al inciso de PEPITO.) Realmente ha sido mala pata que precisamente hoy, haya tenido que ocurrir una cosa así.

(Hay un silencio largo, durante el cual MANUELA cruza la escena un par de veces, dando así tiempo para que el espectador ordene sus ideas.)

PEDRO.- (Que llega de la calle cargado con bolsas.) Bueno, ya estoy aquí. ¿No habrán llegado todavía?

JOSÉ.- Ya ves que no.

PEDRO.- Voy a meter esto en el frigorífico.

(Sale.)

JOSÉ.- (Solo.) Tendré que sonreír, si vamos a celebrarlo tendré que sonreír. También habrá que decir alguna frase ingeniosa. Bueno, eso prefiero improvisarlo; las frases prefabricadas siempre se me encasquillan. **(Pausa.)** Y ella, mientras, hundida. **(Pausa.)** Debería sentir vértigo, pero sólo siento que debería sentir náuseas.

PEDRO.- (Entra.) Me encontré con un amigo.

JOSÉ.- ¿En la cocina?

PEDRO.- No hombre, no, abajo. Por eso he tardado.

JOSÉ.- Ya.

PEDRO.- Un amigo antiguo. (**Se sienta frente a JOSÉ.**)

JOSÉ.- ¿De los de antes de la guerra?

PEDRO.- Pues sí.

JOSÉ.- ¡Qué amigos aquellos!

PEDRO.- Sí, ¡qué amigos!

JOSÉ.- ¿Y qué?, ¿qué te dijo?

PEDRO.- Pues eso: que qué amigos aquellos, los de antes de la guerra.

JOSÉ.- ¿Te dijo eso?

PEDRO.- Sí.

JOSÉ.- Pues qué bien; todos de acuerdo.

ABUELITA.- (**Desde dentro.**) Pedro, ¿se puede saber dónde estás? (**Asomándose.**) Pero hombre, ¿con lo que hay que hacer te pones de cháchara?

PEDRO.- Estaba haciéndole compañía.

ABUELITA.- Anda, vente a echarme una mano en la cocina.

PEDRO.- (**Se incorpora sin mucho entusiasmo.**) Yo es que en la cocina soy un manazas.

ABUELITA.- Ese cuento ya me lo sé. ¿Habéis traído huevo hilado?

PEDRO.- (**Saliendo con la ABUELITA.**) Sí, un cuarto. Lo puse en el frigorífico. (**Desde fuera.**) Yo ayudo si se empeña, pero, que conste que se lo advertí.

JOSÉ.- ¿¡Huevo hilado!? No, si habrán traído hasta almendras. Y eso que les dije que hicieran algo sencillo, sin ostentaciones. Está visto que sólo saben gastar. Todo lo solucionan con dinero.

MANOLI.- (**Vestida de rosa y despeinada, asoma por la puerta de su cuarto y se apoya en el quicio.**) Papá.

JOSÉ.- (**Se vuelve sorprendido.**) ¿Qué, hija mía?

(La escena, subrayada con un ligero cambio de luz, se producirá de la forma más natural: sin comicidad ni patetismo.)

MANOLI.- Papá, no dejes que me entierren.

JOSÉ.- No, no... claro... Tú no te preocupes.

MANOLI.- Papá, ¿de verdad van a enterrarme?

JOSÉ.- ¿Es que no quieres?

MANOLI.- Tengo miedo.

JOSÉ.- ¿Por qué?

MANOLI.- Creo que estoy viva todavía.

JOSÉ.- Yo es que... no sé... no sé qué decir.

MANOLI.- Dijiste que lo impedirías, me dijiste que cuando fueran a enterrarme, tú me salvarías. Acuérdate, me lo prometiste. No puedes olvidarlo ahora.

JOSÉ.- Sí hija, sí, sé que te lo dije, y no dejo de darle vueltas, pero no sé qué puedo hacer.

MANOLI.- (Aterrada.) ¿No vas a impedirlo?

JOSÉ.- Sí, claro, por supuesto. Lo que pasa es que las cosas se han complicado y... bueno, verás, va a resultar más difícil.

MANOLI.- ¿Difícil? ¿Por qué? Tú puedes. ¡Tienes que impedirlo!

JOSÉ.- Verás, estoy... cojo. No contaba con esto.

MANOLI.- ¿Cojo?

JOSÉ.- Sí, me he partido una pierna. Nadie está libre de una cosa así. Es algo que no podíamos prever.

MANOLI.- ¿Cojo no podrás salvarme? ¿Quieres decir que cojo no podrás impedirlo?

JOSÉ.- Claro que lo impediré. (Sin convicción.) No sé cómo, pero te salvaré.

MANOLI.- ¿Estoy perdida entonces?

JOSÉ.- No, hija, no.

MANOLI.- ¿Tendré que estar ya muerta para siempre?

JOSÉ.- No pienses en eso ahora.

MANOLI.- ¿Es verdad entonces lo que dice mamá?

JOSÉ.- De no haberme partido la pierna, ya estarías salvada. Créeme, te lo dije y te lo dije en serio: «cuando seas mayor no tendrás que morirte porque yo habré cambiado el mundo».

MANOLI.- Pero no lo has cambiado.

JOSÉ.- ¿Quién iba a suponer que iba a pasarme esto? Tienes que hacerte cargo.

MANOLI.- Es que aún estoy viva, y si me muero ya no podré estar viva nunca más.

JOSÉ.- Hasta el último momento. Aguanta, resiste hasta el último momento. Siempre queda una posibilidad.

MANOLI.- ¿Sólo una posibilidad? Cuando era pequeña me lo asegurabas. Hasta cantabas canciones. ¿Tanta canción para esto? ¡Dios mío, sólo una posibilidad!, y eso para consolarme, es decir, nada.

MANUELA.- (Entra y se dirige a MANOLI.) ¿Se puede saber qué haces aquí? ¡A la caja inmediatamente! (A JOSÉ.) Claro, la culpa es tuya, la vuelves loca con tus ideas, y luego, mira lo que consigues, que no pueda ni morirse tranquila.

(MANOLI vuelve al interior.)

AURELIA.- (Llega.) ¿Qué pasa?

MANUELA.- Lo de siempre. Que estaba soliviantando a la niña.

JOSÉ.- Sólo hablábamos.

MANUELA.- Mira, ya que no ayudas, por lo menos no estorbes.

JOSÉ.- (Vencido.) Trataba de tranquilizarla.

MANUELA.- (Refunfuñando.) Seguro, como si lo viera.

JOSÉ.- (Reacciona sin convicción.) Es mi hija, ¿no?

MANUELA.- Y mía.

JOSÉ.- Estoy en mi derecho. Es más, es mi obligación oponerme.

MANUELA.- ¡Ah! Luego era eso.

JOSÉ.- (**Más conciliador.**) Creo que debemos impedirlo.

MANUELA.- Claro, ahora lo comprendo, estás todo el tiempo entorpeciendo adrede.

AURELIA.- A ver si es que no quiere que la entierremos.

JOSÉ.- No es que no quiera...

MANUELA.- Pues ya me dirás qué iba a ser de la niña, toda la vida de cuerpo presente.

JOSÉ.- No sé, hay gente así.

MANUELA.- Y tanto, siempre hay gente que, por destacar, se resiste a que la entierren, gente desarraigada, sin tradiciones ni principios. ¿Es que quieres que nuestra hija sea una de éstos?

JOSÉ.- Yo no decía tanto. Ni tampoco sé qué sería lo mejor. Sólo digo que me duele verla así.

AURELIA.- A todos nos duele.

JOSÉ.- No es lo mismo.

MANUELA.- ¿A no?

AURELIA.- ¿Es que no se nota? Y si no, ¿por qué te crees que vamos de luto?

JOSÉ.- Sin embargo...

MANUELA.- Es preferible tener a la hija debidamente enterrada, a que se convierta en un cadáver insepulto para toda la vida.

JOSÉ.- Sí, pero es doloroso.

AURELIA.- ¿Y quién dice que no? Pero no te vas a poner a quejarte justo el día de la celebración.

MANUELA.- Así lo único que consigues es desanimarla.

AURELIA.- Que se sienta insegura.

MANUELA. - Ella misma... bueno, hubo un momento en que estaba de acuerdo.

JOSÉ. - Pero ahora no quiere, está asustada.

MANUELA. - Normal.

AURELIA. - Acuérdate del día de tu entierro ¿Es que a ti no te dio miedo? Yo recuerdo que estaba aterrada.

JOSÉ. - **(Débilmente.)** Sí, supongo. Realmente yo no estoy muy seguro de que me enterraran. No consigo acordarme.

MANUELA. - Pues claro que nos enterraron, como a todo el mundo.

JOSÉ. - Quizá, no sé.

AURELIA. - Lo que pasa es que luego, como la muerte es tan confortable, ya ni se acuerda una de nada.

JOSÉ. - Si pudiéramos evitárselo...

MANUELA. - Las cosas son así: llega un momento en el que hay que morir y permanecer muerto hasta la hora de la muerte. **(Pausa.)** Es ley de vida.

AURELIA. - Y no le des más vueltas.

JOSÉ. - No sé qué decir, ni qué pensar. La verdad es que me duele mucho la pierna.

MANUELA. - Eso es porque estás nervioso y, claro, la mueves. Deberías serenarte y descansar. Muertos o cojos, lo importante es estar quietos.

ABUELITA. - **(Entra. A MANUELA.)** ¿Pero todavía estás así?

MANUELA. - A mí sólo me queda echarme el vestido.

AURELIA. - ¿Vamos trayendo ya las cosas?

MANUELA. - Como quieras. **(A la ABUELITA.)** ¿A ti qué te parece?

ABUELITA. - Sí, es mejor que esté la mesa puesta para cuando vengan, así no hay que estar luego dando paseos.

MANUELA. - Venga, pues vamos.

(Sale hacia su cuarto.)

ABUELITA.- (A AURELIA.) Y a la niña ¿qué le queda?

AURELIA.- Sólo peinarla.

(Sale.)

ABUELITA.- Voy a llevarme esto para adentro.

(Recoge el centro de la mesa y sale. Al quedarse solo, JOSÉ, hace intención de levantarse; mas, al oír pasos, se acomoda de nuevo.)

PEDRO.- (Entra y extiende el mantel sobre la mesa.) ¿Qué le has puesto al Levante-Las Palmas?

JOSÉ.- Un dos.

PEDRO.- Ya sabes que el Güito está lesionado.

JOSÉ.- A pesar de eso.

PEDRO.- Me parece una temeridad.

JOSÉ.- Que va, ya verás como ese dos da dinero.

PEDRO.- Allá tú.

(Sale.)

ABUELITA.- (Cruzándose con PEDRO. Trae un bandeja.) Siempre pasa lo mismo con los canapés, o falta pan o sobra atún. No tienen ni pizca de cálculo, parece mentira que sean hijas mías.

JOSÉ.- (Alargando la mano.) ¿Puedo coger uno?

ABUELITA.- (Le da un manotazo.) No, que se te quitan las ganas. (Pone la bandeja fuera de su alcance.)

JOSÉ.- Es sólo uno.

ABUELITA.- Hay que ver la manía de estar siempre picando, parecéis niños.

PEDRO.- (**Llega con dos platos de aperitivos.**) No lo conseguirás, está en plan duro.

ABUELITA.- Es que está fatal que vengan y vean los platos empezados. Es de mala educación.

JOSÉ.- ¿Son almendras?

PEDRO.- Sí.

JOSÉ.- ¡No te digo! Podíais haber traído cacahuetes que son más baratos.

ABUELITA.- También hemos traído, las cosas hay que hacerlas bien. (**A PEDRO.**) Le decía antes a José que en mi entierro...

(**Salen PEDRO y la ABUELITA.**)

ABUELITA.- (**Habla fuera.**) ...hubo más de dos mil comensales.

JOSÉ.- (**Incorporándose.**) Cómo se nota que no les cuesta ganarlo. ¡Hala! Almendras, pistachos, cacahuetes... Ancha es Castilla. (**Camina temeroso hacia la mesa, escucha pasos y retrocede rápidamente a su asiento.**)

PEDRO.- (**Llega con dos platos.**) ¿Y el Español-Celta? No me digas que no tiene tela.

JOSÉ.- Ése me lo aseguro.

PEDRO.- ¿En todas?

JOSÉ.- Sí, pero a dobles, uno-equis.

ABUELITA.- (**Llega llevando un plato.**) Un día de éstos voy a echar una también, a ver si tengo suerte.

JOSÉ.- Ahí tengo impresos, si quiere rellene uno.

PEDRO.- Le advierto que es así como se gana dinero, sin entender de fútbol.

(Sale hacia la cocina.)

JOSÉ.- Y tanto.

ABUELITA.- No estaría mal que hiciera yo una y me llevara los millones.

(Sale hacia la cocina.)

JOSÉ.- Lo que íbamos a tener que oír.

(Al quedarse solo, vuelve a levantarse y va hacia la mesa. Sorprendido por PEPITO -que entra- da un respingo y se sienta.)

PEPITO.- **(Estudia rápidamente la situación y se precipita sobre la mesa.)** ¡Leche! Hasta almendras. **(Carga los bolsillos.)**

JOSÉ.- ¡Niño, deja eso!

(Indignado, salta de su asiento y se abalanza sobre él cogiéndolo por el cuello.)

PEPITO.- ¡Papá, que estás cojo!

JOSÉ.- **(Desconcertado, lo suelta y vuelve a sentarse rápidamente.)** Dichosa pierna ésta.

PEPITO.- **(Escucha pasos y sale corriendo, al tiempo que le echa a JOSÉ una medianoche de jamón.)** ¡Toma papi!

JOSÉ.- **(Conmovido.)** Gracias, hijo.

PEDRO.- **(Llega con dos platos más.)** Pues yo el Levante-Las Palmas lo veo casero. **(Al advertir que JOSÉ come la medianoche a dos carrillos.)** Oye, ¿cómo has cogido tú eso?

JOSÉ.- **(Sin poder hablar.)** Hum... huuuummm... tooo.

PEDRO.- ¿Qué?

JOSÉ.- (Traga como puede.) Que me lo ha dado Pepito.

ABUELITA.- (Llega.) Ten, pon estos tenedores y estas servilletas. (A JOSÉ.) ¿Qué es lo que te ha dado Pepito?

JOSÉ.- No, nada.

PEDRO.- Canapés, o bollos.

JOSÉ.- Sí, pero uno sólo.

ABUELITA.- Habrase visto el niño. Y el padre, que el padre también se las trae.

JOSÉ.- ¿Yo?

ABUELITA.- (Inspeccionando la mesa.) Qué barbaridad, qué barbaridad. Y qué destrozo.

JOSÉ.- Tampoco es para tanto.

PEDRO.- Habría que dejarlos sin merienda.

PEPITO.- (Se asoma y hace burla a PEDRO.) Chivato, chivato, narices de gato.

PEDRO.- (A PEPITO.) Mucho cuidado ¿eh?, que yo no soy tu padre y no me ando con contemplaciones. (Coge una silla y la alza para estrellársela.)

PEPITO.- Perdón.

(Y sale más corrido que una mona.)

ABUELITA.- Hay que ver cómo lo habéis dejado, qué estropicio. ¿Para esto nos hemos dado el tute preparándolo todo? (A JOSÉ.) Parece mentira...

PEDRO.- ¡Valiente niño!

JOSÉ.- Son... cosas de la edad. Está creciendo y necesita alimentarse.

ABUELITA.- Lo que necesita es un domador. (A PEDRO.) Anda, ven aquí, a ver si podemos arreglar esto.

PEDRO.- Ponga ése más al centro.

ABUELITA.- Ahora mira, quedan claros en los platos. Una gracia. (A JOSÉ.) Sí, sí, tú riéte.

PEDRO.- Bueno, así puede pasar.

ABUELITA.- (Sentándose.) Ay Señor, lo que me canso con cualquier cosa. (Ya sentada.) Y, ¿sabes lo que te digo? Que es el entierro de tu hija, no de la mía. Así que, si alguien hace el ridículo, no voy a ser yo.

JOSÉ.- ¿El ridículo? ¿Con todo lo que habéis traído?

PEDRO.- (Acercándose a la puerta donde visten a MANOLI.) ¿Qué, os queda mucho? Tienen que estar al llegar.

AURELIA.- (Dentro.) Ya casi está.

ABUELITA.- Pregúntales si se han acordado de las velas.

MANUELA.- (Que entra muy arreglada.) Sí, cuatro.

PEDRO.- Vaya, qué elegancia.

MANUELA.- ¿Estoy bien?

PEDRO.- Ya lo creo.

ABUELITA.- Bueno, menos mal, parece que va a dar tiempo a todo.

AURELIA.- (Llega.) ¿Qué hora es?

JOSÉ.- Ya deben estar al llegar..

ABUELITA.- ¿Le encendiste las velas?

AURELIA.- Sí. Ha sido un acierto.

PEDRO.- ¿Huele?

AURELIA.- Qué manía.

MANUELA.- ¿Terminaste con la niña?

AURELIA.- Ha quedado preciosa.

ABUELITA.- (Se levanta con dificultad.) A ver que le eche un vistazo. (Se asoma a la puerta de la caja.)

AURELIA.- (A MANUELA, por el vestido.) ¿Es nuevo?

MANUELA.- Bueno, no, desde que lo tengo... Lo he arreglado un poco; y mira, no está mal, ¿verdad?

AURELIA.- Que va, te queda muy bien.

ABUELITA.- (Mirando a MANOLI desde la puerta.)
Monísima, ha quedado monísima.

AURELIA.- ¿Verdad que sí?

MANUELA.- (También asomada a la caja.) Muy bien, pero que muy bien.

AURELIA.- ¿Te gusta cómo ha quedado?

ABUELITA.- Ha sido un acierto que os decidierais por el vestido rosa. (Vuelve a sentarse.) En fin, ya estamos listos. Y ha dado tiempo a todo. Afortunadamente.

(Van sentándose y componiendo la escena de la espera.)

JOSÉ.- Ahora sólo esperar.

PEDRO.- Ya deberían estar aquí.

AURELIA.- Es la hora en punto.

MANUELA.- Qué lata, lo que tardan.

AURELIA.- Mira que si no vienen...

JOSÉ.- Vendrán.

PEDRO.- No sería ésta la primera vez que una novia se quedara compuesta y sin entierro.

MANUELA.- No seas cenizo.

ABUELITA.- En fin, ya estamos listos. Y ha dado tiempo a todo. Afortunadamente.

JOSÉ.- Ahora sólo esperar.

PEDRO.- Ya deberían estar aquí.

AURELIA.- Es la hora en punto.

MANUELA.- Qué lata, lo que tardan.

AURELIA.- Mira que si no vienen...

JOSÉ.- Ventrán.

PEDRO.- No sería ésta la primera vez que una novia se quedara compuesta y sin entierro.

MANUELA.- No seas cenizo.

(Todos quedan a la espera, pero la llegada no se produce. Se remueven en sus asientos, carraspean.)

ABUELITA.- Insisto. Ya estamos listos. Y ha dado tiempo a todo. Afortunadamente.

JOSÉ.- Ahora sólo esperar.

PEDRO.- Ya deberían estar aquí.

AURELIA.- Es la hora en punto.

MANUELA.- Qué lata, lo que tardan.

AURELIA.- Mira que si no vienen...

JOSÉ.- Ventrán.

PEDRO.- No sería ésta la primera vez que una novia se quedara compuesta y sin entierro.

MANUELA.- No seas cenizo.

(Todos miran descaradamente hacia la derecha esperando la entrada. El que se asoma es PEPITO, vestido de marinero.)

PEPITO.- **(Con soniquete.)** Se ha rayado el disco. Se ha rayado el disco. Ele, se ha rayado el disco.

(Indignados, se miran entre sí y vuelven a recomponer la escena. Suben bastante la voz, lo que no impedirá que la mímica sea repetición mecánica de la anterior.)

ABUELITA.- ¡Ya estamos listos! ¡Ha dado tiempo a todo!
¡Afortunadamente!

JOSÉ.- ¡Ahora sólo esperar!

PEDRO.- ¡Ya deberían estar aquí!

AURELIA.- ¡Es la hora en punto!

MANUELA.- ¡Qué lata, lo que tardan!

AURELIA.- ¡Mira que si no vienen!

JOSÉ.- ¡Vendrán!

PEDRO.- ¡No sería ésta la primera vez que una novia se quedara compuesta y sin entierro!

MANUELA.- ¡No seas cenizo!

(Nuevo silencio tenso. Nueva reconstrucción. Nueva subida en el tono de voz.)

ABUELITA.- ¡¡Insisto!! ¡¡Ya estamos listos!! ¡¡Ha dado tiempo a todo!! ¡¡Afortunadamente!!

JOSÉ.- ¡¡Ahora sólo esperar!!

MARIANITO.- **(Asoma tímidamente seguido de DOÑA ENCARNACIÓN. Desconcierto.)** ¿Entramos ya? **(Lleva paraguas.)**

JOSÉ.- ¡Hombre, claro!

(Salen los dos. Tras una pequeña pausa, suena el timbre.)

MANUELA.- Parece que han llamado.

AURELIA.- No sé, no he oído nada.

ABUELITA.- **(A PEDRO.)** ¿Por qué no vas a ver?

(Vuelve a sonar el timbre con insistencia.)

AURELIA.- Sí, sí, ahora sí.

JOSÉ.- ¿Quién será?

PEDRO.- No sé, no tengo ni la menor idea.

MANUELA.- Abre y lo sabremos.

AURELIA.- Anda sí, abre y salimos de dudas.

(PEDRO sale a abrir, todos quedan a la espera. Tras una larga pausa que aumenta la incertidumbre, regresa seguido de DOÑA ENCARNACIÓN y MARIANITO.)

PEDRO.- Mirad, mirad quién ha venido.

AURELIA.- ¡Qué sorpresa!

JOSÉ.- Pero si es Doña Encarnación, ¿qué tal, Marianito?

MANUELA.- Querida, cada día más joven.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Calla hija, el tiempo no perdona.

MARIANITO.- Buenas tardes a todos.

AURELIA.- Vaya con Marianito, está hecho un hombretón.

MANUELA.- Ya lo creo.

JOSÉ.- Perdonen que no me levante, pero es que... he tenido un accidente.

DOÑA ENCARNACIÓN.- No me diga, ¿con el coche?

JOSÉ.- No, no. Aquí, en casa.

MARIANITO.- ¿Y eso?

JOSÉ.- No, nada, un traspies. Pisé una bola del niño y resbalé. Algo de lo más tonto.

DOÑA ENCARNACIÓN.- No sabe cuánto lo siento.

JOSÉ.- Ya le digo que no es nada serio.

AURELIA.- Los hombres, que son muy blandos...

PEDRO.- Algunos.

AURELIA.-...y éste no es una excepción.

MANUELA.- Un quejica. Eso es lo que es.

JOSÉ.- (Despectivo.) Mujeres.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Qué me va usted a contar a mí. Cuando mataron a mi marido... Nada, unos gamberros, que no saben qué hacer para distraerse. Oiga, pues no se puede usted figurar lo que se quejaba, era un grito continuo.

MANUELA.- No, si es que son...

DOÑA ENCARNACIÓN.- Y es lo que yo le decía; total, por cuatro cuchilladas no es para que te pongas así.

AURELIA.- Blandísimos, son blandísimos.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Si ellos tuvieran que dar a luz...

AURELIA.- Se acababa el mundo.

MANUELA.- Ya lo creo.

PEDRO.- Perdona que difiera de su opinión.

DOÑA ENCARNACIÓN.- ¿Ha parido usted alguna vez?

PEDRO.- ¡Ah, no! Por supuesto que no.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Entonces, señor mío, no puede usted hablar con conocimiento de causa. ¿No les parece?

JOSÉ.- Prefiero no entrar en ese asunto. Lo que sí les ruego es que tomen asiento, y no estén ahí de pie.

AURELIA.- Oh, sí, por favor.

MANUELA.- Bueno, mamá, tú no conoces a Doña Encarnación.

ABUELITA.- (Algo molesta.) No he tenido el placer.

MANUELA.- Doña Encarnación, es mi madre.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Tanto gusto, señora.

MANUELA.- Mamá, la madre de Marianito.

ABUELITA.- El gusto es mío.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Tenía muchas ganas de conocerla.

MANUELA.- Y éste es Marianito, el novio de la niña.

ABUELITA.- Muy majo, muy majo el chico.

MARIANITO.- Señora.

ABUELITA.- ¿O sea que usted es el ejecutivo?

MARIANITO.- (Un poco por encima de la situación.) Sí... modestamente.

ABUELITA.- Vaya, vaya.

MANUELA.- Un oficio de mucho porvenir.

ABUELITA.- La de cosas nuevas que hay ahora. En mis tiempos no había ejecutivos, las ejecuciones las hacían los verdugos.

MANUELA.- Por Dios mamá, no tiene nada que ver una cosa con la otra.

ABUELITA.- ¡Ah, no?

JOSÉ.- Pues claro que no. Los ejecutivos no ejecutan a nadie.

MARIANITO.- Bueno, a nadie en concreto; ejecutamos en general.

ABUELITA.- (Que no entiende mucho.) Pues no sabe lo que me tranquiliza.

MANUELA.- Pero por favor, siéntese.

PEDRO.- (Acercándole una silla a DOÑA ENCARNACIÓN.) Señora.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Muchas gracias.

(Todos se van sentando.)

MARIANITO.- (Por MANUELA y AURELIA.) Ustedes primero; faltaría más.

(Se produce un pequeño silencio difícil de salvar.)

DOÑA ENCARNACIÓN.- No sabe cuánto celebro que lo de su pierna no haya sido nada.

JOSÉ.- Tanto como nada...

MANUELA.- Nada, nada, no tienen absolutamente nada. Lo que pasa es que los hombres son blandísimos.

AURELIA.- Blandísimos.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Qué me va usted a contar a mí, cuando murió mi pobre marido... (Se detiene al comprobar que esa conversación ya la habían tenido antes.) Pues eso, que se quejaba.

(Toses generales, carraspeos, y un nuevo silencio largo e incómodo.)

ABUELITA.- ¿Quieren ustedes tomar algo?

DOÑA ENCARNACIÓN.- Oh, no, no se molesten.

MANUELA.- Sí, algún refresco, alguna cosa.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Bueno, por no despreciar.

MANUELA.- Enseguida les traigo. (Hace intención de salir.)

AURELIA.- No, deja, ya voy yo.

(Sale.)

MANUELA.- (Sentándose.) Un día espléndido.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Sí, espléndido.

MARIANITO.- Lástima que no haya dejado de llover.

JOSÉ.- Bueno, la lluvia, si hay sequía puede resultar agradable. Lo malo ha sido el viento.

PEDRO.- También el viento tiene su encanto.

JOSÉ.- Sí, pero no cuando es huracanado.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Lo cierto es que, dejando a un lado la ventisca, por lo demás, el día ha sido inmejorable.

MANUELA.- Estoy de acuerdo con usted.

ABUELITA.- En mis tiempos de un día así, se decía que era un día de perros.

JOSÉ.- ¿Por?

ABUELITA.- ¡Ah! No sé. Seguramente porque a los perros les deben gustar los días así.

JOSÉ.- Bueno, el que unos accidentes meteorológicos enturbien la meteorología, no tiene por qué sumirnos en el desánimo climatológico. De nubes arriba, el día ha sido espléndido. Es más, yo diría que ese vendaval desafortunado, según se mire, podría ser la prueba irrefutable que demuestra la existencia del buen tiempo. En las alturas, claro.

PEDRO.- (Entre ellos.) ¿Santo Tomás?

JOSÉ.- (Entre ellos.) No sabría decirte.

AURELIA.- (Entra en escena llevando una bandeja con refrescos y vasos.) Querida, ¿sabes que ha crecido hierba en la cocina?

MANUELA.- (Molesta por la indiscreción, la fulmina con la mirada.) Musgo, querrás decir musgo.

AURELIA.- Bueno, sí, musgo, pero tan alto que parece hierba.

MANUELA.- (A JOSÉ.) ¿No lo podaste tú?

JOSÉ.- Habrá vuelto a crecer.

DOÑA ENCARNACIÓN.- La tumbas, ya se sabe. No conozco un nicho que no tenga humedades.

JOSÉ.- Y eso que los nichos... quieras que no, se impermeabilizan mejor.

DOÑA ENCARNACIÓN.- ¡Huy!, ésa es otra. A nosotros en el panteón nos crecen jaramagos.

MARIANITO.- No sé de qué te quejas. Te tengo dicho: «Vende el mausoleo». Pero ella como si nada.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Yo ya no, comprendo que es incómodo, pero yo ya me quedo allí hasta que me muera.

MARIANITO.- Se pasa el día limpiando.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Sí, de acuerdo, da mucho trabajo, pero lo prefiero. No podría vivir en un nicho moderno. No sé, creo que me agobiaría.

ABUELITA.- De pequeña, cuando vivía con mis padres, teníamos un panteón. ¡Hermosísimo! Luego se acostumbra una a todo, pero hay que reconocer que donde se ponga un buen panteón familiar...

PEDRO.- Eran otros tiempos. Había servicio. Hoy es muy difícil mantenerlos.

MARIANITO.- Estoy totalmente de acuerdo con usted.

PEDRO.- El vuestro creo que es un nicho precioso.

MARIANITO.- Sí, tiene todas las comodidades.

ABUELITA.- La niña se lo merece.

MARIANITO.- Quiero que esté como una reina.

MANUELA.- Ah, muy bien, muy bien.

AURELIA.- Míralo, qué apañado.

ABUELITA.- (Valorando a MANOLI.) Una alhaja, se llevan ustedes una alhaja.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Bueno, eso, que estamos hablando y hablando, cuando realmente nosotros venimos... ya sabe usted.

JOSÉ.- Sí, claro.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Lo lógico sería que, a un acto de tanta solemnidad, hubiera venido mi marido. Pero, qué quieren, aquellas cuchilladas tan inoportunas...

JOSÉ.- No se preocupe, usted lo representa muy dignamente.

DOÑA ENCARNACIÓN.- En fin, si los niños se quieren...

MARIANITO.- Eso puedes jurarlo.

DOÑA ENCARNACIÓN.- La niña estará muerta, ¿no?

MANUELA.- Sí, claro, por supuesto, la hemos ido matando desde pequeña.

ABUELITA.- El niño de usted, Marianito, aquí presente, estará muerto también, ¿no?

DOÑA ENCARNACIÓN.- Ah, sí señora, ya lo creo.

JOSÉ.- Pues claro, ¿no ve usted que es ejecutivo?

DOÑA ENCARNACIÓN.- No, no, pero mi hijo ya estaba muerto antes de que le dieran el cargo. Yo en eso he tenido mucha suerte. No me puedo quejar. Todos, todos me han nacido muertos.

MANUELA.- Nosotros en cambio, con el pequeño, no sabe usted qué calvario. No hay modo de hacerlo entrar en razón.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Cuando salen vivos...

MANUELA.- (Suspirando.) Señor, qué cruz.

ABUELITA.- Pero bueno, dejemos eso ahora y hablemos de cosas alegres. Han venido a ver a la niña, ¿no? Pues saquémosla que la vean.

JOSÉ.- ¿Ya?

DOÑA ENCARNACIÓN.- Sí, por favor.

MARIANITO.- (Dicha.) Ardo en deseos de volverla a ver.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Hijo, modérate. ¡Ay! Estos chicos...

ABUELITA.-«Juventud, divino tesoro». Como dijo el poeta.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Eso, como dijo el poeta.

PEPITO.- (Desde dentro.) Mientras le cogía una teta.

(Situación delicada que se soluciona a base de sordera diplomática y carraspeos generales.)

MANUELA.- Tiene razón mamá; ha llegado el momento de mostrarles a la niña. ¿No te parece?

JOSÉ.- Si no hay más remedio...

DOÑA ENCARNACIÓN.- (Algo molesta.) No parece usted muy entusiasmado.

JOSÉ.- Hágase cargo. No es por su hijo, eso puedo asegurárselo. Con cualquier otro me ocurriría igual. Ya sabe: un padre es un padre.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Ah, no se vaya usted a creer, una madre también es una madre. Pero nosotros no contamos, ahora los que importan son ellos.

MARIANITO.- (Poniéndose en pie.) Además, no pierde usted una hija, sino que gana usted un hijo.

MANUELA.- Eso es verdad.

(MARIANITO se sienta.)

AURELIA.- Una alhaja, este muchacho.

PEDRO.- No está mal. No está mal el chico.

AURELIA.- Ya lo creo.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Favor que le hacen.

JOSÉ.- Bueno... Traed a la niña.

AURELIA.- Venga, sí, sí.

MANUELA.- Enseguida se la traemos.

(AURELIA y MANUELA van al interior de la caja.)

ABUELITA.- Ya verá, ya verá qué ricura. Y no es porque sea mi nieta.

(Se oyen ruidos en el interior de la caja.)

MARIANITO.- ¿Qué ocurre?

JOSÉ.- ¿Qué pasa?

MANUELA.- (**Sale con PEPITO cogido de la oreja.**) Pepito, que se había metido en la caja con la niña.

PEPITO.- (**Abrochándose la bragueta.**) ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
¡Ay!... Mi oreja... ¡Ay!

JOSÉ.- Pero, ¿qué hacía?

MANUELA.- Nada bueno.

ABUELITA.- El mismísimo diablo. Este niño es el mismísimo diablo.

JOSÉ.- Mira, llévatelo y ponle la cadena.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Es el pequeño, ¿no?

MANUELA.- Sí, señora, sí; para nuestra desgracia.

(**Se lo lleva de la oreja.**)

PEPITO.- ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!...

(**Antes de salir no pierde la ocasión de sacar la lengua. La madre vuelve a tirarle de la oreja con más fuerza.**)

¡Ay! ¡¡Ay!! ¡¡¡Ay!!!

DOÑA ENCARNACIÓN.- Pues parece un niño monísimo. Algo vivo todavía, eso sí, pero monísimo.

PEDRO.- Una pesadilla.

ABUELITA.- (**Nada convencido.**) Tampoco hay que exagerar, algo travieso.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Son cosas de la edad. Ya verán como con el tiempo se amortigua.

JOSÉ.- Un contestatario. Eso es lo que es.

MARIANITO.- (**Alarmado.**) No morderá, supongo.

PEDRO.- De momento...

JOSÉ.- No. Que sepamos.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Siempre es un alivio.

MANUELA.- (Entra.) Le he puesto la cadena y el bozal. Espero que podamos continuar tranquilos.

JOSÉ.- Por ahí teníamos que haber empezado.

(Satisfacción general y cierto alivio entre los reunidos.)

MANUELA.- Bueno, voy por la niña. (A AURELIA.) Vamos, ¿no?

AURELIA.- Sí, ya voy.

PEDRO.- ¿Quieren otra cervecita?

DOÑA ENCARNACIÓN.- No, ahora no, gracias.

JOSÉ.- (A MARIANITO.) ¿Tú tampoco?

MARIANITO.- Yo es que bebo poco.

PEDRO.- Venga hombre, que no se diga. (Le acerca una cerveza.)

MARIANITO.- (Cogiéndola.) Bueno, que no se diga.

JOSÉ.- ¿Y un purito?

MARIANITO.- No, gracias, no fumo.

DOÑA ENCARNACIÓN.- El niño, como verán, no tiene vicios.

ABUELITA.- Di que sí, hijo, eso está pero que muy bien. Hombre vicioso, hombre ruinoso.

AURELIA.- (Entra.) Ya viene, ya viene. Ya resuenan los claros clarines.

MANUELA.- (Entra y triunfal.) ¡¡¡Ale-hopp!!!

(Se apartan las dos y «aparece» con su vestido rosa, las manos cruzadas sobre el pecho y cuatro velas encendidas en el tocado.)

MANOLI.- Buenas tardes tengan ustedes

DOÑA ENCARNACIÓN.- ¡Oh, qué maravilla! Un prodigio de la naturaleza.

PEDRO.- **(Puntualizando.)** Naturaleza muerta.

MARIANITO.- **(Acercándose a ella.)** Bendigo la hora en que tuve la dicha de poner mis ojos en ti.

MANOLI.- Gracias, querido.

MANUELA.- Y cómo se quieren. ¿No es maravilloso?

DOÑA ENCARNACIÓN.- El vestido, finísimo, de un gusto... exquisito.

ABUELITA.- ¿Verdad que sí? Fue idea de una servidora.

AURELIA.- Y elegido por mí.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Y las velas... **(Gesto superlativo.)**

PEDRO.- Eso fue idea nuestra.

JOSÉ.- Pensamos que las cuatro velas eran lo más adecuado.

PEDRO.- Simple lógica, tratándose de un velatorio.

DOÑA ENCARNACIÓN.- De acuerdo, totalmente de acuerdo. Es más, ya verán como cuando se sepa se pone de moda.

MARIANITO.- ¿Puedo darle un beso?

(Carraspeo general e intercambio de miradas.)

JOSÉ.- No veo inconveniente.

(MARIANITO se abalanza moderadamente.)

MANUELA.- Aunque... **(Deteniéndolo.)**

MARIANITO.- ¿Sí?

PEDRO.- Bueno, existe un ceremonial para estos casos. No es que la cosa tenga mayor importancia...

DOÑA ENCARNACIÓN.- Ah, claro, qué cabeza. **(Busca en el bolso y saca de él unos grilletes.)**

PEDRO.- En esta familia, sabe, somos muy amigos de las tradiciones. De hecho, ya es tradicional ser amigo de las tradiciones. ¿O no?

JOSÉ.- **(Rutinario.)** Ah, sí, sí. Por supuesto.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Eso les honra.

MANUELA.- No vayan a pensar que es por el interés.

DOÑA ENCARNACIÓN.- No, por Dios. Qué cosas dice.

ABUELITA.- A ver, a ver.

AURELIA.- Preciosa. Preciosa.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Es de oro macizo.

TODOS.- **(Aprobación general.)** ¡Oh!

MARIANITO.- **(Quitándole importancia.)** Bueno, chapada en hierro. Para dar sensación de austeridad.

DOÑA ENCARNACIÓN.- **(Dándosela.)** Pónsela, pónsela tú.

(MARIANITO le coloca los grilletes.)

AURELIA.- Qué emocionante.

MANUELA.- Niña, ¿qué se dice?

MANOLI.- Gracias, cariño.

MANUELA.- La verdad es que es una maravilla.

AURELIA.- ¿A ver?

MANUELA.- Sí hija, enséñala.

AURELIA.- Es de un gusto finísimo. Y qué original.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Estilo medieval.

MANOLI.- (Se la enseña a la ABUELITA.) Mira qué monada. ¿No es una monada?

ABUELITA.- Ya lo creo. (Sentenciando.) En estos detalles se distingue al hombre de bien. Puedes estar orgullosa de él.

MARIANITO.- Señora, me sonroja usted.

ABUELITA.- Justicia.

PEDRO.- ¿A ver?

(MANOLI se la muestra.)

AURELIA.- (Junto a PEDRO.) ¿Qué te parece? ¿Verdad que es una joya impresionante? (Sosteniendo la cadena.) ¡Y lo que pesa!

PEDRO.- Además, lleva razón. (Por MARIANITO.) Muy sobria, muy castellana.

MANUELA.- Enséñasela a tu padre.

MANOLI.- (Llega gozosa hasta él.) Mira papá qué monada.

JOSÉ.- Sí, una monada.

(La luz los va aislando mientras, el resto de los reunidos, sin llegar a la inmovilidad, quedan borrosos en la semioscuridad.)

MANOLI.- ¡Soy feliz!

JOSÉ.- ¿De verdad?

MANOLI.- Muy, muy feliz.

JOSÉ.- Me alegro, me alegro mucho.

MANOLI.- Me duele todo el cuerpo de felicidad.

JOSÉ.- La felicidad es así, dolorosa.

MANOLI.- (Ensbrecida.) Creo que no podré resistir.

JOSÉ.- No digas eso.

MANOLI.- Creo que voy a estallar en mil pedazos de tanta felicidad.

JOSÉ.- Pero, ¿no decías...?

MANOLI.- ¿Cómo es posible tanta estupidez?

JOSÉ.- Ya ves, la estupidez da la felicidad.

MANOLI.- No sé si podré resistirlo.

JOSÉ.- Podrás.

MANOLI.- Si al menos consiguiera morirme. Pero morir hasta el fondo, morir hasta no poder más.

JOSÉ.- Te irás muriendo... con el tiempo.

MANOLI.- ¿No vas a salvarme?

JOSÉ.- Yo...

MANOLI.- ¿Está decidido?

JOSÉ.- Nada se decide, así, de golpe. Jamás se toma una decisión si no está decidida de antemano.

MANOLI.- ¿Quiere eso decir que es inevitable?

JOSÉ.- Tal vez. Aunque puede que no. No sé.

MANOLI.- ¿Tan pequeño eres? ¿Eres así de pequeño? Y yo que llegué a pensar que eras invencible.

JOSÉ.- Sólo soy un hombre. Uno y solo. ¿Qué puedo hacer yo?.

MANOLI.- Pero tú sabes que estoy viva. Porque lo estoy, ¿verdad?

JOSÉ.- Sí, claro que sí.

MANOLI.- En cambio, ellos... ellos están muertos.

JOSÉ.- Creo que sí. Supongo que sí.

MANOLI.- ¿Y tú?

JOSÉ.- ¿Yo?

MANOLI.- Sí. ¿Estás vivo?

JOSÉ.- **(Perdiendo el control.)** ¡Estoy cojo! ¡Cojo!, ¡¿entiendes?! Cojo no puedo hacer nada. ¡Nada!

MANOLI.- **(Desolada y perdida.)** ¿Y he de quedarme así, inmóvil? Si al menos pudiera gritar...

JOSÉ.- Pero, ¿para qué?, no conseguirías nada.

(La luz rosa y tenue, que se centraba en JOSÉ y MANOLI, se extiende al resto del espacio escénico. Agitada, MANOLI va de uno a otro, intentando hacerles reaccionar. Ellos, sin acusar su presencia, continúan relacionándose con ademanes de visita. A medida que transcurre la escena, los movimientos de MANOLI van haciéndose cada vez más lentos hasta quedar inmóvil.)

MANOLI.- ¿Qué hacéis? ¿Qué tramáis? ¿Qué cuchicheáis? Sé que habláis de mí. ¿De mi muerte? ¿Estáis hablando de mi muerte? Pero, ¿no os dais cuenta? Estoy viva. No iréis a enterrarme. ¿Qué está pasando aquí? ¿De verdad creéis que estoy muerta? Miradme. ¿Es que no me veis? Me muevo. No, no. Por el amor de Dios. No me traigáis coronas. ¿No veis que estoy viva? Ni cintas. ¿No quiero cintas negras! **(Recita mecánicamente.)** Tu novio no te olvida. Tu madre no te olvida. Tu familia no te olvida. **(A MANUELA.)** Olvídame. **(A MARIANITO.)** Olvídame. **(A PEDRO.)** Olvídame. Olvidadme todos. Por piedad, olvidadme. Olvidaos todos de mí. Dejadme aquí olvidada. No... no me enterréis. Voy a despertar. ¿No veis que estoy dormida? Pero, ¿es que no me oís? No, por favor, no cerréis la caja. ¡Estoy dormida! Si pudiera al menos mover una mano... ¡Fijaos estúpidos! Mirad mis ojos cómo os miran. ¿Es que no veis que os veo? Un espejo. Traed un espejo para que lo empañe. Un espejo donde poner mi aliento. Respiro. Respiro. Respiro. Estoy respirando. ¿Es que no me veis respirar? ¿Cómo es que no lo veis? ¿No sentís que estoy viva? ¡Estoy viva! Tiene que haber una forma de escapar. Tiene que haber una forma. Tiene que haberla. Si al menos pudiera gritar. O alzar una mano. Si pudiera al menos parpadear. ¡Dios!, cómo pesa la muerte. **(Y sus gritos son tan internos que apenas se perciben.)** ¡Viva! ¡Estoy viva! ¡Estoy viva! **(Y queda inmóvil.)**

(La luz recupera la intensidad y tonalidad habitual.)

ABUELITA.- (Despertando.) ¿Qué dice la niña?

JOSÉ.- (Neutro.) Que está viva.

DOÑA ENCARNACIÓN.- (Asombrada.) ¿Cómo dice?

MANUELA.- No es posible.

AURELIA.- No digas tonterías.

PEDRO.- Lo siento, pero no me gustan este tipo de bromas.

JOSÉ.- Es lo que ha dicho.

MANUELA.- Yo creo que es evidente que está muerta.

DOÑA ENCARNACIÓN.- De todas formas, si ella dice que está viva, ¿quién mejor que ella?

JOSÉ.- Tal vez sufra un ataque de catalepsia.

(Escándalo general.)

PEDRO.- No, hombre, no. ¿Cómo puedes decir eso?

ABUELITA.- ¿Catalepsia?, pero qué catalepsia ni que catalepsia. En nuestra familia jamás hemos tenido catalepsias.

JOSÉ.- Sin embargo, ella insiste en que está viva.

ABUELITA.- La juventud, que no sabe qué inventar. En ochenta años de vida nunca oí decir un disparate semejante. (Despectiva.) ¡Catalepsia!

DOÑA ENCARNACIÓN.- No obstante, si ella lo dice...

MANUELA.- Que le habrá parecido. ¡Manías de padre! ¿Pero cómo va a decir una cosa así. ¿No ve que está muerta? ¿O es que no lo ve?

PEDRO.- Son figuraciones. Y es que estás acostumbrado a verlos vivos, y no acaba uno de hacerse a la idea. A veces, incluso, da la sensación de que se mueven.

AURELIA.- Sí, sí.

DOÑA ENCARNACIÓN.- No sé, puede que sea eso. Sin embargo, también a mí me había parecido...

MANUELA.- Claro, habrán sido eso, figuraciones. (A JOSÉ.) ¿No?

(JOSÉ mantiene una actitud ausente. Y aunque en ocasiones les mira, su rostro es inexpresivo.)

MARIANITO.- Aún así, el asunto es muy serio.

AURELIA.- Yo no me preocuparía.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Pues yo diría que es para preocuparse. ¿Cómo se va a casar mi hijo con una mujer que puede resucitar en cualquier momento? Háganse cargo.

MARIANITO.- Jamás consentiría semejante deshonra.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Ah, no, por supuesto, mi Marianito es muy hombre.

MANUELA.- De todas formas, ya digo, son... figuraciones.

AURELIA.- Sí, claro, figuraciones.

DOÑA ENCARNACIÓN.- (A JOSÉ, al observar que no interviene.) ¿Usted qué opina? ¿Está realmente muerta o es una rigidez pasajera?

MARIANITO.- Sí, dé usted su opinión.

JOSÉ.- ¿Yo?

MARIANITO.- Sí, al fin y al cabo, usted es el cabeza de familia. **JOSÉ.**- Bueno... verán...

(La luz subraya a JOSÉ y MANOLI, aislándolos de los demás.)

MANOLI.- Diles que estoy viva. Ahora tienes la oportunidad.

JOSÉ.- Comprende, no es tan fácil. No puedo, así, sin más, decir que no hay entierro.

MANOLI.- ¿Pero es que van a enterrarme?

JOSÉ.- Tampoco es tan grave. Además, tú le quieres, ¿no?

MANOLI.- Sí, claro que lo quiero, pero no quiero que me entierren en él.

JOSÉ.- Si no hubiera sufrido el accidente, habría impedido que vinieran. Pero ahora ya, con ellos aquí, no parece que sea de recibo hacerles una afrenta así.

MANOLI.- ¿Prefieres que me muera? ¿Debo morirme para no molestar?

JOSÉ.- No, no es eso. ¿Cómo puedes decir una cosa así? Lo que pasa es que es tarde para echarse atrás. Además, le perderías. ¿Crees que te iba a perdonar semejante escándalo?

MANOLI.- Tendría que entenderlo. Y si no lo entiende es que ya estaba perdido.

JOSÉ.- No digas tonterías de las que luego vas a arrepentirte. Ya verás como, con el tiempo, acabas riéndote de todo esto. Ahora estás nerviosa y no sabes bien lo que dices.

MANOLI.- Lo sé muy bien. Digo que estoy viva. ¿Te das cuenta? ¡Estoy viva! Y me vais a enterrar. **(Pausa.)** ¿No te parece terrible?

JOSÉ.- Sí, claro, espantoso. Pero ¿qué puedo hacer?

MANOLI.- Salvarme.

JOSÉ.- Tú sabes que si estuviera en mi mano... Lo sabes ¿no?

MANOLI.- **(Resignada.)** Sí, lo sé. Lo sé.

(La luz deja de subrayar el aparte.)

MANUELA.- **(Dirigiéndose a JOSÉ tras el paréntesis.)** Pero ¿por qué no hablas?

AURELIA.- Contesta de una dichosa vez.

ABUELITA.- Sí hombre, contesta, ¿qué va a pensar esta señora?

JOSÉ.- **(Finge estar traspuesto.)** ¡Ah! Es que me ha dado un dolor... **(Se coge la pierna.)** Un dolor enorme.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Lamento lo de su pierna, pero comprenda que no estamos para cojeras.

JOSÉ.- Ya, ya parece que se pasa.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Así que usted dirá: ¿Está viva o muerta?

JOSÉ.- (Pausa.) Muerta. Por supuesto. Cómo iba a estar viva.

(Alivio general.)

MANOLI.- (Recitando sin matices.) Y, sin saber cómo, encierran el futuro en una caja, y comienzas a ser tu recuerdo. Ya jamás volveré a ser sorprendente. Seré algo previsto, algo decidido. Nada queda de mí, sólo el vértigo que me arroja a mi propio abismo. O el miedo que me atenaza y me mantiene inmóvil. Si algún día tuve un sueño, aquí se rompe. Aquí se extinguen los anhelos. Aquí termina lo que aquí debía comenzar.

DOÑA ENCARNACIÓN.- ¿Qué dice? ¿Ha dicho algo?

ABUELITA.- Estará rezando.

DOÑA ENCARNACIÓN.- ¡Ah! Muy bien, muy bien. Así me gusta, temerosa de Dios, como debe ser.

(MANOLI sonríe levemente.)

AURELIA.- Mire, mire, mire. Mire cómo sonríe.

MANUELA.- Eso es que es feliz.

(La luz subraya el aparte de JOSÉ y MANOLI, en esta ocasión más suavemente.)

JOSÉ.- ¿Eres feliz?

MANOLI.- ¿Es esto la felicidad? ¿Esta sensación estúpida es la felicidad?

JOSÉ.- Sí. Me temo que sí.

MANOLI.- Entonces soy feliz.

(La luz deja de subrayar el aparte.)

ABUELITA.- ¿Qué dice la niña?

JOSÉ.- Que es feliz.

MANUELA.- Vaya, menos mal.

MARIANITO.- ¿Ven?, eso me tranquiliza. Así es como tienen que ser las mujeres, felices.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Sí, es un alivio.

PEDRO.- ¡Espléndido! ¡Espléndido! Bueno, ya pasó. Ha habido un mal momento pero...

MANUELA.- Un malentendido.

PEDRO.- Sí, eso, un malentendido. Pero, si ya está todo aclarado, no veo motivo por el que debamos aplazar la ceremonia. **(Mutis.)**

AURELIA.- Si ellos se quieren...

DOÑA ENCARNACIÓN.- Eso, deberían decirlo ellos.

MARIANITO.- Yo por mí...

MANUELA.- **(A AURELIA.)** Sí, creo que no debemos perder más tiempo.

AURELIA.- **(Apartando las sillas.)** Venga, vamos a empezar. **(A JOSÉ, apartándolo.)** Échate atrás.

MANUELA.- Venga, colocaos el uno junto al otro.

(Los coloca.)

Así.

(MANOLI y MARIANITO introducen sus pies en fijaciones de esquís, ocultas a la vista del público.)

ABUELITA.- (A DOÑA ENCARNACIÓN.) ¡Qué buena pareja hacen!

MANUELA.- ¿Verdad?

DOÑA ENCARNACIÓN.- Diga usted que sí.

ABUELITA.- Parecen dos tortolitos.

AURELIA.- (Que los mira embobada.) ¡Ah! Voy por los paquetes.

(Sale.)

MANUELA.- Están en la mesa de la cocina. (Le arregla el tocado a MANOLI.)

ABUELITA.- Cómo hubieran lucido en un altar.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Ya lo creo.

ABUELITA.- En mis tiempos sí que sabíamos enterrar. Aquello eran entierros y no estos sepelios caseros.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Tampoco quedaban mal en los juzgados, con su juez togado y su secretario. No digo que fueran unos funerales por todo lo alto, pero aún conservaban cierta distinción.

ABUELITA.- Sí, pero no era lo mismo.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Por supuesto. Ya me conformaría yo con un juzgado, y no estas ceremonias de hecho. Tan modernas.

ABUELITA.- Las modas, que no traen nada bueno.

PEDRO.- (Entra con una carretilla cargada de tierra y una pala, a tiempo de escuchar a la ABUELITA.) Lo importante, lo fundamental, es enterrarlos, ¿no?, ¿qué más dará cómo y dónde se celebre la ceremonia?

ABUELITA.- Sí, pero el altar realza, da solemnidad. En un altar, los funerales son otra cosa.

PEDRO.- (Dándole la pala a JOSÉ.) Toma.

JOSÉ.- (Rechazándola.) No, no podría. (Indicando su pierna.) Comprende. Es mejor que me representes tú.

PEDRO.- Será un honor.

AURELIA.- (Entra apresurada.) Venga, tomad.

(Reparte entre los reunidos paquetes de arroz.)

MANUELA.- Bueno, ya está todo, ¿no?

PEDRO.- Sí, creo que podemos empezar.

MANUELA.- (A DOÑA ENCARNACIÓN.) ¿Le parece?

DOÑA ENCARNACIÓN.- (A JOSÉ.) ¿Usted qué opina?

JOSÉ.- No veo inconveniente.

AURELIA.- (Corre hacia el tocadiscos.) Un momento, un momento. (Toma un disco y lo coloca.) Ya.

PEDRO.- (A MARIANITO y a MANOLI.) Bueno, cuando queráis. (Con la pala coge tierra de la carretilla y pregunta con solemnidad.) ¿Queréis protegeros de la intemperie y daros cobijo bajo la tierra hasta que la muerte os solucione?

(Expectación general.)

MARIANITO.- Sí, quiero.

MANOLI.- (Tras una pausa.) Sí, quiero.

PEDRO.- (Arrojándoles la tierra a los pies.) Os declaro escuetamente marido y mujer.

AURELIA.- (Pone en marcha el tocadiscos.) ¡Vivan los muertos!

TODOS.- ¡Vivan!

(Se escucha la Marcha Nupcial de Mendelssohn, mientras los familiares, con movimientos ligeramente ralentizados, arrojan sobre los novios puñados de arroz, y se intercambian felicitaciones y parabienes.)

MANOLI.- No estoy muerta, sólo estoy dormida. **(Repite mecánicamente, al tiempo que, con los pies hincados en el suelo, mece el cuerpo como un junco.)** No estoy muerta, sólo estoy dormida. No estoy muerta, sólo estoy dormida.

PEDRO.- **(Su voz grabada y ralentizada.)** ¡Vivan los novios! **(Y arroja otra pala de tierra a sus pies.)**

TODOS.- **(Su voz grabada y ralentizada.)** ¡¡Vivan!!

MANOLI.- **(Que con sus manos pretende asirse al aire.)** Dormida, sólo estoy dormida. No estoy muerta, sólo estoy dormida.

AURELIA.- **(Su voz grabada y ralentizada.)** ¡Vivan los novios!

(PEDRO continúa arrojando tierra a sus pies.)

TODOS.- **(Sus voces grabadas y ralentizadas.)** ¡Vivan!

(Progresivamente, la escena va recuperando su tono habitual. La Marcha Nupcial se escucha en un segundo plano.)

DOÑA ENCARNACIÓN.- ¿Qué ha dicho la niña?

JOSÉ.- Que sólo está dormida.

(Risas generales.)

DOÑA ENCARNACIÓN.- Qué ocurrente.

ABUELITA.- Es que siempre le gustaron mucho las bromas.

MANOLI.- (Vencida, agotada.) Estoy dormida. ¡¿No lo entendéis?! Sólo estoy dormida. Y quiero despertar.

(Por un momento le prestan atención pero, de inmediato, reaccionan y se entregan a un desenfreno estúpido-festivo para ignorar las palabras de MANOLI.)

PEDRO.- ¡Venga, vamos, que no decaiga!

ABUELITA.- ¡Vivan los muertos!

TODOS.- ¡¡Vivan!!

(Y saltan, y bailan, y les lanzan puñados de arroz. JOSÉ y MARIANITO participan del jolgorio subsiguiente, respondiendo sólo a las bromas, sonrisas u otras acciones que los demás les dirijan, aunque de distinto modo: JOSÉ con fastidio mal disimulado, y MARIANITO, halagado por su protagonismo. MANOLI permanecerá ausente durante toda la escena. Los tres inmóviles en sus posiciones.)

PEDRO.- La subasta. Ahora la subasta.

MANUELA.- No, no, primero la tarta.

(Sale.)

AURELIA.- Sí, eso, la tarta.

(Desata unos cordeles, anudados en la pared y del techo descende una corona de pastelería con velas encendidas.)

TODOS.- ¡¡Oh!!

(Aplausos generales.)

ABUELITA.- Preciosa, preciosa. Sí señor, muy bonita.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Cierto, de mucho gusto.

MANUELA.- (Vuelve con una botella de cava. A PEDRO.) Toma, ábrela tú. (A AURELIA.) Y tú, ayúdame a repartir las copas.

JOSÉ.- ¿Pero es que también habéis traído champán?

PEDRO.- (Que lucha con el tapón.) ¡Será posible!

(MANUELA y AURELIA, reparten las copas.)

AURELIA.- Venga hombre, que no se diga.

PEDRO.- (Taponazo y surtidor.) Alegría, alegría. (Y llena las copas echando más fuera que dentro.)

ABUELITA.- (Que lo prueba antes de tiempo.) Huy, qué fresquito.

DOÑA ENCARNACIÓN.- (Alzando la copa.) ¡Por los muertos! ¡Porque sean muy felices y descansen en paz!

TODOS.- ¡Por los muertos!

(Beben.)

PEDRO.- Y ahora sí. Ahora la subasta.

ABUELITA.- Sí, sí, la subasta. (Y aplaude tan bajito, que más parece un temblor.)

AURELIA.- (Le da a PEDRO unas tijeras.) Toma.

PEDRO.- (Yendo hacia MARIANITO.) Ven para acá, mozalbete, que te quedas sin colgajo.

TODOS.- Ji, ja, ju.

(Risas generales.)

PEDRO.- (Le corta la corbata a MARIANITO y la muestra como un trofeo.) Venga, a ver cómo os portáis. ¡Comienza la subasta!

ABUELITA.- Quince mil, yo ofrezco quince mil.

TODOS.- ¡Bravo!

PEDRO.- Aquí la señora ofrece quince mil. ¿Quién puja veinte mil?

DOÑA ENCARNACIÓN.- Veinte mil.

PEDRO.- ¡Estupendo, fenomenal!

ABUELITA.- Vaya por Dios. (Fingiéndose contrariada, aunque está encantada.)

PEDRO.- Veinte mil a la una... veinte mil a las dos...

AURELIA.- Veinticinco mil.

TODOS.- ¡Bravo!

(Aplausos.)

PEDRO.- (Fulminándola con la mirada.) La señora ofrece veinticinco mil. ¿No hay quien dé más?

ABUELITA.- A ver el padre cómo se porta.

(MANUELA le anima con el codo, pero JOSÉ se hace el sordo.)

AURELIA.- Sí, a ver si se estira.

PEDRO.- (Que echa chispas por la oferta de su mujer.) Veinticinco mil a la una... veinticinco mil a las dos... ¿Nadie ofrece veintiséis mil...?, ¿no hay quien dé más? Y veinticinco mil... a las... tres. Adjudicado.

(Aplausos.)

Adjudicado a esta señora tan... generosa.

(PEPITO entra rompiendo la pared, a cuatro patas, con la cadena al cuello y puesto el bozal.)

ABUELITA.- ¡El niño! ¡Se ha escapado el niño!

(Conmoción general: gritos, carreras, caída de muebles. Por el hueco abierto en la pared, manará, sin cesar, gran cantidad de basura.)

PEDRO.- ¡¿Pero, cómo es posible?!

DOÑA ENCARNACIÓN.- (Arrollada por PEPITO.)
¡Auxilio! ¡Socorro! (Rueda por el suelo.)

PEPITO.- («Ladra» y se restriega con los muebles, hasta que consigue arrancarse el bozal.) ¡No están muertos! ¡No están cojos! ¡Se hacen los muertos! ¡Se hacen los cojos!

(MANOLI le escucha con sorpresa, y sigue la escena desconcertada.)

JOSÉ.- ¡Tapadle la boca a ese deslenguado!

MANUELA.- (Que lo persigue sin lograr alcanzarlo.) Ya verás cuando te pille.

PEPITO.- ¡Se hacen los muertos!

MARIANITO.- (Que intenta atraparlo cuando pasa junto a él.) ¡Ay! (Entre sorpresa y lamento.) ¡Me ha mordido!

PEPITO.- (Corriendo de nuevo.) ¡Se hacen los muertos!

(Sale rompiendo la pared.)

¡Se hacen los cojos!

(Por este nuevo hueco también manará basura de forma constante.)

PEDRO.- (A DOÑA ENCARNACIÓN, mientras la ayuda a incorporarse.) ¿Se ha lastimado? ¿Le ocurre algo?

DOÑA ENCARNACIÓN.- (Estirándose la falda.) No se preocupe, ha sido más el susto. (Al reparar en el gesto compungido de MARIANITO, va hacia él.) A ver, cariño, ¿qué te ha hecho?

MARIANITO.- (Enseñando el dedo.) Me ha mordido.

DOÑA ENCARNACIÓN.- ¿Tendrá la antirrábica?

JOSÉ.- No pase cuidado, el niño está en regla.

MANUELA.- Sí, no se preocupe, está vacunado.

AURELIA.- Lo que no entiendo es cómo ha podido romper la cadena.

PEDRO.- ¿La cadena? Camisa de fuerza, había que haberle puesto.

ABUELITA.- Pero ¿por qué no entráis a ver lo que está haciendo?

AURELIA.- Nada bueno.

JOSÉ.- (A MANUELA.) Sí, anda, entra tú a ver.

PEPITO.- (Vuelve a entrar, abriendo un nuevo agujero en la pared. En esta ocasión a más de dos metros de altura.) ¡No están muertos! ¡No están cojos!

(Nueva conmoción e indignación general.)

ABUELITA.- ¡Por los clavos de Cristo!

MANUELA.- ¡Qué castigo de niño!

JOSÉ.- Pero ¿se puede saber qué es lo que te pasa? ¡Baja de ahí inmediatamente!

PEPITO.- ¿Qué queríais, dejarme sin tarta, eh? (A MANOLI.)
Pues para que te enteres: ¡No están muertos! ¡Se hacen los muertos!

PEDRO.- (Intentando atraparlo por un pie.) Como te agarre...

PEPITO.- (Salta a uno de los montones de basura.) ¡Las ganas!

(Al igual que por los huecos abiertos anteriormente,
también por éste entrará basura. Una catarata de basura
que cae sobre PEDRO.)

PEDRO.- (Medio enterrado en basura.) ¡Maldito niño!
(Según se pone a salvo pierde el peluquín.)

AURELIA.- (Ayudándolo a salir del «basurero».) Es una
fiera.

PEPITO.- (A MANOLI, mientras mantiene a raya a los
demás con una silla.) Y él tampoco está cojo.

JOSÉ.- ¡Chivato!

PEDRO.- (Al advertir que ha perdido el peluquín, busca
entre la basura.) ¡Ésta, me la pagas!

DOÑA ENCARNACIÓN.- (Aparte. A MARIANITO.)
¡Santo Cielo, qué familia!

PEPITO.- Lo he visto. Yo lo he visto. Cuando está solo se
levanta.

JOSÉ.- (Aguantándose en el asiento a duras penas.) ¡Sin
postre! Una semana... Un mes... ¡Un año sin postre!

PEDRO.- (Si lo encuentra, se coloca el peluquín de mala
manera, y se abalanza sobre PEPITO, aferrándose a la silla.)
¡Ya te tengo!

(Forcejean.)

AURELIA.- ¡Déjalo, ten cuidado!

PEDRO.- ¡Ya es mío!

AURELIA.- ¡Que te puede desgraciar!

MANUELA.- (A JOSÉ.) Pero ¡¿Por qué no haces algo?!

PEPITO.- (En el forcejeo con PEDRO, tratando de escapar, se pone al alcance de JOSÉ.) ¿Conque sin tarta, eh?

JOSÉ.- (Incapaz de contenerse, salta del asiento, abalanzándose sobre él.) ¡Ya está! ¡Ya es nuestro!

(No sin dificultad, JOSÉ y PEDRO, consiguen reducirlo.
También MANUELA les echa una mano.)

PEPITO.- (Que se resiste, y lucha por hacerse oír hasta el último momento.) ¡Se hacen los muertos! ¡Se hacen los cojos!

(AURELIA, con todas las precauciones, les acerca el bozal.
Y PEDRO, intenta colocárselo.)

PEPITO.- ¡Se hacen los muer...!

PEDRO.- (Colocándole el bozal.) ¡Por fin!

PEPITO.- ¡Hummmm!

JOSÉ.- Te vas a enterar.

PEDRO.- (Mostrando la cadena que lleva al cuello PEPITO.) ¿No tenéis algo más fuerte que esto?

MANUELA.- Encerradlo en el armario.

JOSÉ.- Sí, eso será lo mejor.

PEDRO.- Lástima no tener una mazmorra.

PEPITO.- (Hecho una fiera.) ¡¡Uhm!! ¡¡Uhm!!!

(Entre los tres: JOSÉ, PEDRO y, con precauciones,
AURELIA, arrastran a PEPITO hacia el interior.)

ABUELITA.- Vaya con Dios.

MANUELA.- (Recomponiendo su atuendo.) ¡Cielos, qué cruz!

DOÑA ENCARNACIÓN.- Con los niños, ya se sabe.

ABUELITA.- Sí, hay que tener mucho cuidado. Son muy... pero que muy peligrosos.

MANUELA.- La verdad es que ha sido algo lamentable.

DOÑA ENCARNACIÓN.- No se preocupe. Nos hacemos cargo.

(Ruidos en el interior, y sobresalto general.)

ABUELITA.- ¡¿No se habrá escapado?!

MANUELA.- Ni lo mientes.

(Quedan expectantes hasta la llegada de AURELIA, PEDRO y JOSÉ, entran por este orden, que regresan con las ropas destrozadas.)

PEDRO.- Bueno, ya está.

AURELIA.- (Sentándose en el sillón que antes ocupaba JOSÉ.) ¡Qué niño!

PEDRO.- Querrás decir, qué fiera.

(Se oye cómo PEPITO lucha por escapar del armario: golpes, bramidos, trepidación general.)

JOSÉ.- (Frente a MANOLI.) Yo...

MANOLI.- ¿No estáis muertos?

JOSÉ.- Verás... yo te explicaré.

MANOLI.- O sea, que todo es un engaño.

JOSÉ.- No, en absoluto. Es sólo un modo de entender la vida.

MANOLI.- ¿Comportarse como cadáveres es para ti un modo de entender la vida?

PEDRO.- Por supuesto. Yo siempre lo he dicho: la muerte es el estado perfecto de los seres vivos.

MANOLI.- (Sin prestar atención a PEDRO.) ¿Qué porvenir me espera, encerrada en un nicho de por vida?

MANUELA.- Tampoco se está tan mal.

AURELIA.- Pero si es por tu bien, ¿qué quieres, pasarte la vida dando tumbos por ahí?

MANOLI.- Quiero vivir.

JOSÉ.- Mira hija, ya sé que puede parecerte duro, pero a ciertas edades la vida es un estorbo, una complicación. La vida tiene impulsos, energías que no siempre se pueden controlar.

MANUELA.- ¿Te imaginas un mundo donde cada cual hiciera lo que le viniera en gana?

MANOLI.- Sí, claro que me lo imagino. Y sería maravilloso.

ABUELITA.- ¿Veis lo que pasa por darles tantos caprichos? Mira que os lo dije: mano dura, mano dura.

JOSÉ.- Vivir es un riesgo, un imprevisto. La muerte en cambio tiene los caminos perfectamente trazados.

MANOLI.- Pero yo quiero vivir. Yo quiero equivocarme.

JOSÉ.- Te entiendo, no creas que no te entiendo.

MANOLI.- ¿Entonces?

JOSÉ.- No sé. Quien no se amolda, quien no sigue la inercia, lo acaba pagando en soledad.

(La basura continúa adueñándose del espacio escénico de forma constante hasta el extremo de impedir los desplazamientos con normalidad. No obstante, y pese a estar hundidos hasta la cintura, continúan comportándose con aparente normalidad.)

MANUELA.- Venga hija, no seas así. Tú déjate enterrar, si es como un juego.

AURELIA.- Claro, tonta, si no es más que un juego.

MANOLI.- ¿A qué queréis que juegue, a que estoy muerta, para acabar pudriéndome como vosotros?

AURELIA.- Oye niña, que aquí nadie se está pudriendo. Que una servidora es muy aseada. No te fastidia la mocosa.

PEDRO.- (**Inclinándose hacia la basura y oliéndola.**) Un poquito de aroma sí que despide.

AURELIA.- ¡Jesús, qué manía con los olores!

PEDRO.- La verdad es que atufa.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Perdonen que me inmiscuya, pero en mi opinión...

MANUELA.- Diga, diga.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Yo no sé a ustedes qué les parecerá, pero yo tengo la sensación de que esto se nos está yendo de las manos.

ABUELITA.- Tiene usted toda la razón.

MANUELA.- Ya, ¿pero qué podemos hacer?

PEDRO.- Enterrarlos, sin más contemplaciones.

JOSÉ.- ¿Su hijo, qué opina?

DOÑA ENCARNACIÓN.- Mire el problema no es mi hijo, él está bien muerto desde que ganó las oposiciones. Son ustedes quienes tienen que decidir qué pasa con la niña.

MANUELA.- Ella hará lo que se le diga.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Si usted lo dice... No sé, no quisiera llevarle la contraria pero yo diría...

MANOLI.- (**Con decisión.**) No me vais a enterrar. No mientras siga viva.

DOÑA ENCARNACIÓN.- ¿Ve?

MANUELA.- Dile algo. Regánala. Que se vea que eres el cabeza de familia.

JOSÉ.- ¿Y yo qué puedo hacer?

ABUELITA.- Mano dura. Mano dura es lo que está haciendo falta aquí.

MANOLI.- Estoy viva y no me vais a enterrar.

MARIANITO.- Mamá, es que mira lo que dice.

DOÑA ENCARNACIÓN.- Sí, ya. Tú no te preocupes. **(Dirigiéndose a los demás.)** Y digo yo: de momento, y hasta que esto se aclare, ¿no sería mejor que suspendiéramos la ceremonia?

ABUELITA.- **(Enérgica.)** Y dale. ¿También usted? Mire señora, ésta es una familia muy seria, y no tenemos costumbre de dejar a los muertos a medio enterrar. Eso de suspender no va con nosotros. Pues sí Señor, hasta ahí podíamos llegar.

DOÑA ENCARNACIÓN.- No, yo lo decía por ver si así se aclaraba la situación.

AURELIA.- Yo creo que ya para lo que queda, buena gana de dejarlo para más tarde.

MANUELA.- Venga, sí, no le demos más vueltas, y enterrémoslos de una vez por todas.

AURELIA.- Claro, si prácticamente ya lo están.

(En realidad todos están semienterrados en el basurero.)

PEDRO.- Además, conviene darse prisa, porque esto apesta cada vez más.

AURELIA.- Señor, qué pituitaria la de este hombre.

(En efecto, una cierta fetidez se va expandiendo progresivamente.)

MANUELA.- **(A PEDRO.)** Venga, tú sirve champán y que siga la fiesta.

PEDRO.- ¿Y la botella?

ABUELITA.- Estará por ahí.

PEDRO.- (Mientras intenta localizar la botella entre la basura.) ¡Vivan los novios!

TODOS.- (Sin gran entusiasmo.) ¡Vivan!

MANOLI.- (Debatiéndose entre la basura.) ¡Estoy viva!
¡Estoy viva!

PEDRO.- ¿Habéis visto la botella?

ABUELITA.- Deja ahora la botella y busca la pala.

MANOLI.- Estoy viva y no pienso fingir que estoy muerta. Si queréis enterrarme tendréis que matarme.

MANUELA.- Claro hija, pero sin truculencias. Tú ahora déjate, y ya verás como luego te vas muriendo progresivamente.

AURELIA.- (Desafinada.) ¡Vivan los novios!

TODOS.- (A destiempo.) ¡Vivan!

MANOLI.- Ni estoy muerta, ni estáis muertos. ¿A qué viene esta farsa?

DOÑA ENCARNACIÓN.- Hija, eres muy joven todavía para entender ciertas cosas.

MANOLI.- ¡Todos estamos vivos!

ABUELITA.- Tú haz caso a esta señora que lo dice por tu bien. (A MARIANITO.) Y cógela del brazo. Pon tú también de tu parte.

MARIANITO.- Es que no se deja. (Finalmente lo consigue.)

AURELIA.- ¡Pero qué buen pareja hacen!

DOÑA ENCARNACIÓN.- Tú hazte la muerta, que ya verás. Te va a tener como una reina.

MANOLI.- ¡Todos estamos vivos!

ABUELITA.- Hija, no seas testaruda y déjate aconsejar.

MANOLI.- (A JOSÉ.) Estamos vivos ¿no? Di, ¿tú qué dices?

(Pausa expectante, durante la cual la basura no deja de manar abundantemente y el hedor aumenta hasta el extremo de que es preciso taparse la nariz.)

JOSÉ.- ¡Vivan los muertos!

TODOS.- (Suspiro de alivio.) ¡Vivan!

(Y algarabía general.)

JOSÉ.- Y descansen en paz.

(Dicho lo cual se van encogiendo hasta hundirse en la basura.)

MANOLI.- No, por favor, no dejes que me entierren.

MANUELA.- Bueno, menos mal. Esto hay que celebrarlo. (A PEDRO.) Vete a la cocina y tráete otra botella.

PEDRO.- (Semienterrado.) Será si puedo.

MANOLI.- ¡Estamos vivos! ¡Estamos vivos!

ABUELITA.- Bonita, deja ya esa monserga.

DOÑA ENCARNACIÓN.- (A MARIANITO.) Y tú sujétala bien, que sepa lo que es un hombre.

MARIANITO.- (Que trata de reducirla.) Hago lo que puedo.

(Con la nariz tapada, todos, alocados y festivos, retozan en el basurero mientras PEDRO, con la pala, hace por enterrar a los novios.)

PEDRO.- (A AURELIA.) ¿Conque mi pituitaria, eh? ¡Menuda tufarada!

AURELIA.- Válgame Dios, qué olfato más susceptible.

DOÑA ENCARNACIÓN.- ¡Vivan los muertos!

TODOS.- ¡Vivan!

MARIANITO.- ¡Vivan los muertos! **(Y se ríe.)**

TODOS.- ¡Vivan!

(Los vivos continúan ad líbitum. Todos unidos en un mismo clamor sin atender a los gritos de MANOLI, que poco a poco va siendo enterrada.)

MANOLI.- ¡Estamos vivos! Nos entierren o no, ¡todos estamos vivos! Da igual que me cerréis los ojos, aunque me atéis las mandíbulas, ¡estoy viva! Podéis cerrar la caja, tapiar la sepultura. ¡Siempre seguiré viva! ¡Todos estamos vivos! Aunque nos pudramos. ¡Estamos vivos! ¡Vivos! ¡Todos vivos! **(Sólo sus brazos se agitan, cada vez más hundida.)** ¡Todos... vivos! Estamos vivos. ¡Todos! ¡Todos estamos vivos! **(Pausa.)** ¡Vivos!

(Y el escenario se pudre y enfanga, mientras sigue la fiesta y el público abandona la sala huyendo de la pestilencia.)

79

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar